

## CONTROVERSIAS FILIALES: LA IMPOSIBILIDAD GENEALÓGICA DE LA ANTROPOLOGÍA SOCIAL DE BUENOS AIRES

Rosana Guber (\*)

Sergio E. Visacovsky (\*\*)

### RESUMEN

*A través del análisis del patrón de historización de su disciplina por antropólogos de Buenos Aires autoadscriptos como "antropólogos sociales", buscamos mostrar cómo el proceso político argentino afectó la formación, expansión y consolidación de la Antropología en este país. Examinando la transcripción de las jornadas por los 30 años de la carrera de Ciencias Antropológicas en la Universidad de Buenos Aires (1958-1988), un grupo de antropólogos narra el pasado de la disciplina no como una evolución progresiva sino como la resistencia en la discontinuidad de un grupo de jóvenes sin ancestros ni linajes, siguiendo un patrón de historización generacional. "Antropología Social" se adscribe no a una disciplina científica, sino a una "antropología nacional" políticamente comprometida.*

*Esta perspectiva expresa, desde la perspectiva de sus actores, la estrecha relación entre el proceso político y el campo académico universitario en la segunda mitad del siglo XX, período donde coinciden las tres primeras décadas de la Licenciatura en la UBA y el in crescendo de la violencia como práctica fundante de la política nacional.*

### ABSTRACT

*Through the analysis of the pattern of historization of their discipline by anthropologists of Buenos Aires self-ascribed as "social anthropologists", an attempt is made to show how the Argentine political process affected the formation, expansion, and consolidation of Anthropology in this country. By examining the transcription of the meetings for the thirtieth anniversary of*

---

\* Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (CONICET) - Centro de Antropología Social, IDES.

\*\* Departamento de Ciencias Antropológicas, UBA.

*Anthropological Sciences in the University of Buenos Aires (1958-1988), a group of anthropologists narrates the past of the discipline not as a progressive evolution but rather as resistance in discontinuity of a group of youths without ancestors or lineages, following a generational pattern of historization. "Social Anthropology" is ascribed not to a scientific discipline, but to a politically committed "national anthropology".*

*This point of view expresses, from the perspective of its actors, the close relationship between the political process and the university academic sphere in the second half of the twentieth century, period in which the first three decades of the School of Anthropological Sciences in the University of Buenos Aires coincide with the in crescendo of violence as a founding practice of national politics.*

## INTRODUCCIÓN

Una de las pruebas más contundentes del origen moderno y euro-occidental común a las naciones-estado y a la antropología<sup>1</sup> es su historización. Sus respectivos pasados son narrados en una temporalidad lineal y progresiva. Prehistoria, luchas por la independencia y consolidación del estado-nación parecen replicarse en la etapa pre-conceptual, el desarrollo de paradigmas fundacionales y la profesionalización<sup>2</sup>. Sin embargo, la imposición de tales modelos historiográficos a realidades socio-culturales y académicas diversas resulta problemática para revelar la particularidad de procesos nacionales y prácticas académicas situadas<sup>3</sup>. La nación y la antropología son universales diferenciados.

Una primera división que los analistas suelen introducir al interior del mundo capitalista corresponde a lo que algunos investigadores llaman "antropologías centrales", nacidas con la expansión colonial, y "antropologías periféricas"<sup>4</sup> involucradas en procesos de "nation-building", cuyos condicionamientos políticos y culturales modelan las prácticas disciplinarias<sup>5</sup>. La antropología, lejos de ser un producto acultural, deviene así también en eco y campo de reflexión de procesos nacionales.

Estas páginas analizan algunos aspectos de la historización disciplinar en una antropología doblemente periférica. Como campo empírico la Argentina ha ocupado un lugar secundario en el desarrollo teórico latinoamericano, quizás por su posición marginal a las culturas precolombinas y aborígenes de Amazonia, Mesoamérica y los Andes. Como disciplina la antropología argentina fue marcada por un proceso político que afectó profundamente su formación, expansión y consolidación. Y aunque la antropología haya contado en este país con una trayectoria centenaria nacida en la segunda mitad del siglo XIX, la carrera de grado logró su institucionalización recién en 1957 y 1958<sup>6</sup>.

En este artículo examinamos las memorias de un grupo de profesionales argentinos sobre su pasado institucional en la carrera de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Buenos Aires (en adelante UBA). En particular revisamos cómo historizan su disciplina quienes alcanzaron un lugar dominante en el campo antropológico argentino desde la apertura democrática de 1983: los "antropólogos sociales". La "Antropología Social" tiene una breve, accidentada y discutible existencia en la Argentina: fue primero asignatura de la carrera de Sociología de la UBA; casi se transformó en una orientación de Ciencias Antropológicas pero lo impidieron los sucesos políticos de 1966; en 1973 el rótulo "antropología social" se usó como sinónimo de una "antropología nacional" comprometida, y fue consecuentemente erradicada con la intervención universitaria de 1974 y el brutal golpe de estado de 1976. Recién en 1984, y hasta la actualidad, "Antropología Social" pasó a designar una de las dos orientaciones de la licenciatura en la UBA, aunque con sentidos variables y diversos<sup>7</sup>.

Esta trayectoria no implicó una correspondencia unívoca entre denominación y contenidos<sup>8</sup>, ni entre las escuelas argentinas y extranjeras. Para saber qué fue y qué es la Antropología Social en la Argentina podemos rastrear las formas en que sus cultores historizan la disciplina, quizás más



reveladoramente que el resultado de sus investigaciones<sup>9</sup>. Esa historia no se narra como una progresión desde la era de los padres hasta la consolidación en las primeras promociones profesionales, sino como una resistencia en la discontinuidad; no se reconocen ancestros ni sus miembros se visualizan como parte de un linaje. En suma: su patrón de historización no es genealógico sino generacional. Esta perspectiva sobre el pasado de una subdisciplina que permeó más recientemente buena parte del campo, expresa la estrecha relación entre el proceso político y el campo académico universitario en la segunda mitad del siglo XX, período que coincide con las tres primeras décadas de la Licenciatura en la UBA y el *in crescendo* de la violencia como práctica fundante de la política nacional.

Para mostrar cómo esta relación entre academia y política, crucial en la configuración del campo profesional e intelectual argentino<sup>10</sup>, marcó la constitución del mundo antropológico de Buenos Aires, analizamos un documento que reúne las pretensiones de reconstruir el pasado de la carrera con relatos episódicos en primera persona de algunos protagonistas del pasado disciplinar. *Jornadas de Antropología: 30 años de la carrera de Buenos Aires (1958-1988)* (en adelante CGAJA<sup>11</sup>) es la transcripción de una reunión de 1988 para conmemorar las tres décadas de la carrera en la UBA. Su valor no reside, para nosotros, en su capacidad de replicar el pasado "tal cual fue", sino en su carácter conmemorativo que desde el presente intenta conservar la fisonomía moral de la colectividad permaneciendo fiel al pasado<sup>12</sup>. Esa continuidad es reclamada en la conmemoración, cuando el pasado revive de un modo dramático permitiendo conformar la identidad comunitaria<sup>13</sup>. Por eso, sin caer en el mero "presentismo", apelamos a la verdad histórica cuando ésta es invocada por los narradores de las Jornadas.

Para que un grupo social convierta hechos del pasado en historia, debe integrarlos en narraciones plausibles. La plausibilidad no depende tanto de criterios objetivos de ocurrencia sino de los contextos actuales donde el pasado es interpretado<sup>14</sup>. La historia es un proceso continuo de redefinición que opera con y desde las posiciones actuales de los agentes<sup>15</sup>. Analizamos aquí las "prácticas de historización" de un grupo de antropólogos, esto es, la selección, clasificación, registro y reconceptualización de la experiencia, donde el pasado se integra y recrea desde el presente a través de prácticas y nociones socioculturalmente específicas de temporalidad, agencia, causalidad y transmisibilidad<sup>16</sup>. La "memoria" es, para nosotros, un concepto nativo que refiere una exigencia de fidelidad de los sujetos con el pasado representado en sus recuerdos.

La genealógica es una de esas prácticas de historización típicamente observada por los antropólogos en las sociedades preindustriales. A través del establecimiento de líneas de filiación en grupos de parentesco descendientes de antepasados comunes, los miembros del grupo definen su identidad mediante la continuidad con un pasado que consideran legítimo y que se transmite siguiendo una regla de descendencia. Convertido en metáfora, este mecanismo plantea filiaciones políticas, religiosas, científicas o estéticas. En las tradiciones metropolitanas el pasado de la antropología se narra como un circuito genealógico de pensadores, teorías y temáticas, iniciado por los padres fundadores. Los antropólogos también reconocen relaciones de parentesco y filiación, fijando las reglas de descendencia y de herencia que aseguran la reproducción del campo<sup>17</sup>. En este artículo exploramos el lugar de los linajes en las prácticas de historización del campo antropológico social de Buenos Aires.

En tanto disciplina<sup>18</sup> intelectual la Antropología conforma un campo en que la disputa por el espacio institucional es paralela a una definición válida de saber antropológico. Según Pierre Bourdieu, el "campo" es un sistema de relaciones objetivas definidas por las posiciones adquiridas a partir de las luchas de los agentes. Este espacio se constituye y transforma mediante luchas políticas por el monopolio de la autoridad, el uso de una capacidad técnica y un poder social orientado al monopolio del saber<sup>19</sup>. En las disciplinas sociales y humanísticas, donde se disputa una visión legítima del mundo social, esas batallas se vinculan necesariamente con la lucha dentro del campopolítico<sup>20</sup>. En este trabajo analizamos la historización de la carrera de Ciencias Antropológicas como un espacio de debate sobre las definiciones legítimas y aceptables de la disciplina y sus



cultores. En esta polémica, la invocación de ciertas figuras como fundadores de linaje representa elecciones teóricas y empíricas, y un arena para debatir proyectos nacionales donde posicionar a la disciplina y a sus agentes.

Siendo los autores parte del campo estudiado<sup>21</sup>, tratamos de convertir nuestras perplejidades académicas en preguntas para la investigación que no intentamos responder desde una neutralidad equidistante, ni desde una argumentación partisana. Mediante ciertos enfoques y conceptos disciplinarios<sup>22</sup> analizamos el texto de las Jornadas como una construcción de la antropología argentina que sin duda nos incluye, anclada en el dramático proceso político de las décadas conmemoradas. Ese proceso generó numerosos desafíos y contradicciones que organizadores, asistentes y panelistas plantearon en sus narraciones. Para corresponder al reconocimiento de sus agentes identificamos a los autores de cada intervención tal como fueron transcritos en la publicación.

### 30 AÑOS DE MEMORIAS

En noviembre de 1988 el Colegio de Graduados en Ciencias Antropológicas, que desde 1974 aspira a nuclear a los profesionales argentinos en la disciplina, convocó a sus miembros arqueólogos, antropólogos sociales, folklorólogos, etnólogos, antropólogos físicos y a invitados especiales, a conmemorar durante dos días tres décadas de la carrera en la UBA. Las “Jornadas de los 30 años”, como se las conoció desde entonces, tuvieron como sede a la Facultad de Filosofía y Letras, donde desde 1958 se dictan las materias para optar por la Licenciatura en Ciencias Antropológicas.

La comisión organizadora tenía varios objetivos que explicitó en el prólogo a la transcripción:

“recuperar la memoria colectiva en función de la elaboración de una historia específica /.../ <sup>23</sup> la necesidad de comprender la constitución histórica de la Carrera en Buenos Aires, los motivos de su creación y los objetivos de la misma dentro de la currícula en Filosofía y Letras, los institutos que acompañaron tal surgimiento y su función, y, fundamentalmente, los sujetos —individuales y colectivos—, que con sus proyectos, encontrados o conciliados, llevaron a cabo esa construcción. /.../ Revalorizar el papel de los sujetos como constructores del sentido histórico, sólo inteligible insertando las pequeñas historias dentro de la gran historia general de fines del '60 a fines de los '80 en Argentina” (CGAJA:3).

A ello se agregaba un “balance colectivo de los primeros treinta años” con alumnos y “colegas de todo el país”, y el festejo de las tres décadas de la carrera (Ibid). Los cuatro miembros de la comisión organizadora, autoadscriptos como “jóvenes antropólogos y alumnos de la Carrera de Buenos Aires”, se proponían rendir “tributo al esfuerzo de quienes lucharon por una Antropología comprometida con su tiempo”. Las Jornadas debían servir para “recomponer los lazos de solidaridad seriamente dañados a lo largo de su historia” (Ibid).

Mientras estos “jóvenes” de entre 25 y 33 años de edad proponían un ejercicio reparador y compensatorio en reconocimiento al esfuerzo de sus mayores, éstos sugerían un camino inverso. En el primer discurso de la apertura Hugo Ratier, egresado de la primera promoción, acordó en “recuperar nuestra memoria”, pero dedicó “el esfuerzo (de las Jornadas) a los graduados jóvenes y a los estudiantes, como una manera de restablecer un diálogo que alguna vez fue cortado”. Citó entonces la carta de “una colega joven de Buenos Aires”:

“Necesito conocer mi linaje, necesito conocer mi árbol genealógico y re-conocer puntos de

---

\* /.../ texto omitido ... puntos suspensivos en el original.



referencia. Esa parte de la raíz que son vos y son ustedes, sin la cual mi producto /.../ habrá perdido antes de empezar un pedazo de sentido” (CGAJA:5).

La recuperación de “toda nuestra memoria fragmentada y diseccionada en exilios, desapariciones y quemas de libros”, decía la carta, se lograría según Ratier al “modo de los gerontes de la tribu que van pasando la herencia a los iniciados” (Ibid).

Las Jornadas debían entonces reunir al grupo fragmentado, re-entablar el diálogo cortado, y asegurar la transmisión. La memoria era a la vez una vía para enmendar una sucesión discontinua y un material que debía ser restaurado. Instrumento y contenido ayudarían a establecer algún “sentido histórico”, quizás perdido, entre la pequeña y la gran historia argentina. El punto de partida para la restauración eran los “sujetos individuales y colectivos” que se proponían, recíprocamente, como los dos polos de una relación de filiación interrumpida. La conmemoración debía reconstruir una continuidad que superara la brecha entre “iniciados” y “gerontes”.

Se convocaba entonces a escuchar a los panelistas de seis “mesas redondas” dispuestas cronológicamente. Sus coordinadores y expositores eran reconocidos como testigos y protagonistas de cada período.

Los paneles fueron la actividad central de las Jornadas<sup>24</sup> y el eje organizador de una temporalidad pretendidamente lineal de la antropología porteña.

1958-1966 “Constitución de la Carrera”

1966-1972 “Primer Exodo de Profesionales”

1973-1974 “El antropólogo comprometido con su historia”

1975-1983 “Período de las Formaciones Paralelas”

1983-1988 “Hacia la reestructuración de la carrera”

Perspectivas ...

Sin embargo, la denominación caracterizadora de algunas mesas ponía de manifiesto una contradicción témporo-espacial que hacía temer por la continuidad festejada. En la linealidad de la sucesión algunos títulos localizaban el foco de atención fuera de las fronteras institucionales de la UBA, haciendo que “iniciados” y “gerontes” conmemoraran la continuidad (30 años) de una ostensible discontinuidad. Ratier explicitó el desafío al concluir: “Es muy incómodo estar en el papel de geronte ... en general” (CGAJA:5).

## LA COMUNIDAD ORIGINARIA Y LA VOLUNTAD CREADORA

Los expositores del primer panel, hasta 1958 estudiantes de Historia, se adscribían en 1988 a distintas orientaciones de la disciplina. Los “antropólogos sociales” Mirtha Lischetti y Hugo Ratier, el folklorólogo Rodolfo Merlino y el arqueólogo Antonio Austral recordaron los orígenes de la carrera, cuando todavía integraban un grupo indiferenciado.

Lischetti elaboró una narrativa donde esos orígenes se referían como una creación derivada de la voluntad estudiantil<sup>25</sup>. Cursando el segundo año de Historia estos alumnos tomaron contacto con Marcelo Bórmida<sup>26</sup>, profesor de la cátedra de “Antropología”, y con Fernando Márquez Miranda, profesor de “Prehistoria y Arqueología Americana”. Tras comunicarles sus deseos de crear una carrera de antropología, los jóvenes elaboraron una propuesta y la elevaron al decano:

“...mi recuerdo nos ubica a Eduardo (Menéndez), a Gorita (Carmen Muñoz) y a mi, sentados en los sillones de la antesala del decano Morínigo, en el actual rectorado, para hacerle llegar, de manera personal, la solicitud de la creación de la carrera por parte del claustro de los Estudiantes” (CGAJA:11).

No fue ésta la única vez que un panelista se refirió a los entonces compañeros por sus nombres



o sobrenombres<sup>27</sup>, reduciendo las distancias interpersonales a un listado horizontal de pares frente al decano y los profesores identificados por sus apellidos. A través de nominación (nombre/sobrenombre o apellido) y status (estudiante o profesor) la panelista diferenciaba a los sectores universitarios, ubicando al “claustro estudiantil” como un actor principal.

Sin embargo, esta atribución no podía ser completa en una estructura jerárquica donde sólo profesores y graduados se suponen habilitados para tomar decisiones académicas, encabezar departamentos y dictar cátedras. Para superar el dilema la panelista presentó a los estudiantes en una relación de alianza e intercambio con los profesores: aquéllos como interesados en disponer de una formación específica; los docentes como un cuerpo preexistente de investigadores que reafirmaba su presencia<sup>28</sup>. Según Lischetti, los estudiantes conferían el reconocimiento a los profesores como justos representantes de la tradición disciplinaria que carecía de la legitimidad académica que ya gozaban, desde 1957, tres “carreras nuevas”: Sociología, Ciencias de la Educación y Psicología. Al aceptar la iniciativa estudiantil, los docentes obtenían el control del espacio institucional y el consenso de los segmentos universitarios. Los alumnos se erigían en negociadores directos frente al poder universitario y permitían, en la narración, el desembarco de sus profesores en la renovada Universidad.

Esta versión, que no fue desmentida ni matizada por los otros dos panelistas, ubicaba a los alumnos en una posición ambigua de autonomía y dependencia: ‘adultos’ para tomar decisiones y crear una carrera, pero jóvenes en busca de la última palabra de sus mayores. Movidos por su propia voluntad y un protagonismo innovador, esta ambigüedad hacía de los estudiantes seres liminales en un período recordado como una *communitas* original Turneriana.

“En Julio de 1958 rendimos el examen final de Antropología, la materia que daba Bórmida. La rendimos Carmen Muñoz /.../, Eduardo Menéndez y yo. Fuimos invitados a comer a casa de los Bórmida; ritual que iba a repetirse con distintos grupos de gente” (Lischetti CGAJA:11).

“La relación /.../ con los profesores era muy cercana, muy cercana. Estábamos todos juntos en las fiestas, íbamos a las casas de los unos y de los otros, éramos un grupo muy homogéneo” (Ratier, CGAJA:15)<sup>29</sup>.

Los vínculos personales entre estudiantes y profesores borraban los límites entre las jerarquías (“todos juntos”) y entre los ámbitos domésticos y académicos. La “comida ritual” tras haber cumplido un requisito institucional, retraducía una jerarquía de la organización universitaria en otra más íntima de la familia (“los Bórmida”<sup>30</sup>); ésta retornaba luego al ámbito universitario pero en un escenario particular.

En el Museo Etnográfico<sup>31</sup> convivían aquel reducido número de alumnos y sus profesores. La vieja “casona” de tres plantas ubicada en el centro histórico, político y financiero de la Argentina, era donde se dictaban las materias específicas de la carrera. Circundada por un “altar budista” Shinto, “lanzas Massai”, urnas Santamarianas, y un taller donde se ensayaba el tallado paleolítico, estaba la única aula donde impartían sus clases los profesores de prehistoria, folklore y etnología, las tres orientaciones reconocidas desde 1958<sup>32</sup>. Los ex-alumnos se recordaban unidos por un “comportamiento solidario de nuestros compañeros” (Austral, CGAJA:17)<sup>33</sup>.

El Museo sintetizaba una *communitas* en conventual “aislamiento” de las demás carreras de la Facultad y de su edificio en la calle Viamonte, donde se dictaban las asignaturas extra-antropológicas.

“Yo recuerdo a Blas Alberti dando materias en la facultad y diciéndome: -No; voy a ir a la facultad a dar algunas porque si no, voy a estar dos años en la facultad, es decir, voy a estar dos años lejos del Museo. No se podía estar dos años lejos del Museo” (Ratier, CGAJA:13).



La Facultad estaba lejos y afuera. El Museo era el medio “natural” fuera del cual el antropólogo era “el bicho raro” (Ratier, *Ibid*) que

“siempre enfurecía a los ayudantes /.../ diciéndoles que en una tribu extrañísima no se aplicaban ninguno de los principios que ellos estaban sosteniendo” (Herrán, CGAJA:24).

El Museo era un hogar “imposible de dejar” donde se aprendía la Antropología como una forma de vida (CGAJA:13)<sup>34</sup>. Las jerarquías de aquella “comunidad originaria” se recordaban como fronteras difusas de un grupo de alumnos sin diferencias internas y profesores compartiendo actividades y objetivos académicos. Sin embargo, el tono nostálgico con que los panelistas presentaron este primer período no alcanzó a borrar la tensión que subyacía a la creación de la carrera como hija de ese grupo indiferenciado o de la voluntad transformadora de una primera generación de alumnos-fundadores. Esa tensión, sutilmente apuntada en este panel, se profundizó en el próximo.

## MARGINALIDAD E INTEGRACIÓN

“Creo que ha quedado también bastante evidenciado /.../ que la gente de Antropología fue un grupo bastante separatista. Separatista del resto de la facultad. /.../ esa unidad inicial estaba relacionada, también, con la separación del resto. Es decir la no participación global en la vida política de la facultad, tenía, entre otras cosas una conexión con esa unidad inicial /.../ La Antropología era marginal, se automarginaba de la política de la Universidad. Se automarginaba también, físicamente /.../ (Herrán, CGAJA:23).

Carlos A. Herrán, alumno de una promoción posterior, y director en 1988 del Departamento de Antropología de la UBA, señalaba a “la gente de Antropología” o del Museo como un mundo segregado. La marginalidad de estos profesionales a contrapelo de la sociedad nacional, era según él, no tanto un ostracismo premeditado desde el poder universitario<sup>35</sup> sino una auto-marginación que Herrán deploraba por des-comprometida.

“/.../ esa separación, esa falta de participación de los antropólogos, de los estudiantes en la vida política de la facultad, era de alguna manera una huida, una evasión de problemas reales en la sociedad nacional. De alguna manera la no participación era el saberse en ese mundo dorado, romántico y tremendamente atractivo del Museo Etnográfico /.../ estábamos muy atrapados, nosotros en esa vida de comunidad, cara a cara /.../ y quizás desligados de grandes problemas de la sociedad política que se estaba constituyendo en ese momento y en gran medida se estaba constituyendo a través de la política universitaria” (Herrán, CGAJA:23-4).

Los jóvenes de la carrera se separaban de los estudiantes de otras disciplinas y el “claustro” conventual del Museo conspiraba contra la integración del “claustro” estudiantil, uno de los segmentos gremiales que, junto a docentes y graduados, formaba el gobierno tripartito reinstaurado con la autonomía universitaria en 1956<sup>36</sup>.

Herrán, quien ya participaba en la Junta Departamental que gobernaba la carrera, apuntaba así la tensión entre dos grupos: “la gente” del Museo, que incluía a docentes y alumnos de intereses diversos, y los alumnos de Antropología de la Facultad, que eran sólo estudiantes (CGAJA:25). El primer grupo aparecía tan “atrapado” por la *communitas* original de Buenos Aires que la ethnohistoriadora Ana M. Lorandí reclamó a los expositores por su “olvido” de La Plata, Córdoba, y también Rosario, donde ella se había formado y desempeñado como profesora-alumna (CGAJA:21-2). Pero este reclamo apuntaba, también, a recuperar un pasado que excediera el estrecho límite de



la Capital y su teoría dominante, la Escuela Histórico-Cultural. La adscripción teórica de la carrera-comunidad alcanzaba a docentes y estudiantes del “claustro” conventual.

“a nosotros se nos tildaba de histórico-culturales y discípulos de Bórmida. Esa imagen corría por ahí. Además /.../ tenían cierta envidia de la gente de Buenos Aires, hacia el Museo Etnográfico y hacia el altar budista” (Ratier, CGAJA:14).

Seguidamente, el narrador aclaró a su audiencia de 1988: “ni histórico-culturales ni bormidianos” (partidarios o seguidores de Bórmida).

Ni en los primeros paneles ni durante las Jornadas Bórmida alcanzó el rango de maestro o el de fundador de la carrera, pero las narrativas referidas al período inicial le asignaban una especial relevancia. La materia que dictaba, las cenas en su casa y la mirada externa confirmaban esta imagen. Otras figuras consideradas más afines a los alumnos permanecieron en un segundo plano. Enrique Palavecino, por ejemplo, fue recordado como el “progre”(sista):

“(él) /.../ nos aporta algo diferente a la ideología científica que hegemonizaba la carrera: la escuela histórico cultural. /.../ el estudio de áreas, la cultura vista desde la perspectiva de la Antropología norteamericana, a la que va a agregar la obra de Malinowski, el evolucionismo de Steward y sobre todas las cosas el trabajo de campo etnográfico” (CGAJA:11)<sup>37</sup>.

Bórmida, en vez, quedaba adscripto a la teoría “que hegemonizaba” el Museo, la escuela Histórico-Cultural nacida en Austria y Alemania a comienzos del siglo XX en reacción al evolucionismo decimonónico<sup>38</sup>. A poco de llegado de su Italia natal en 1946, Bórmida se sumó a esta línea de investigaciones con el director del Instituto de Ciencias Antropológicas de la Facultad y del Museo Etnográfico, el americanista italiano José Imbelloni. Pero Bórmida no era sólo esto. Traía en sus alforjas el pensamiento de Croce<sup>39</sup>

“También nos unirán los conocimientos que habíamos comenzado a compartir: una teoría etnológica, que tenía mucho que ver en su sustentación, con la síntesis que en la filosofía italiana realizara Benedetto Croce a comienzos del siglo XX, que comienza inspirado en Labriola, el introductor del marxismo en Italia, y que va a mover a Gramsci, desde la cárcel fascista, a un ‘arreglo de cuentas’ con Croce, en palabras de Badaloni, no tratándose de una polémica filosófica, en sentido estricto, sino de la vida misma del país y de su pueblo; sentimos vitalmente y necesitamos de ser comprendidos y ayudados a comprenderse para el ejercicio de la voluntad transformadora” (Lischetti, CGAJA:11).

Las referencias al pensamiento marxista italiano adquirían, en 1988, el carácter de una señal que tornaba aceptable dicha adhesión. A través de Croce habrían obtenido la vitalidad, el sentimiento y la voluntad transformadora que, como veremos, se convirtieron en los valores distintivos con que un grupo de aquellos primeros estudiantes caracterizó su posición frente a la antropología y la sociedad nacional. En 1988, el acceso vía Bórmida a estas figuras, y también a la lectura de Ernesto De Martino, etnólogo italiano del Folklore, la ciencia gramsciana de las culturas subalternas<sup>40</sup>, no era valorado como un mero aprendizaje académico sino como un acuerdo de tipo político (“También nos unirán”) para “el ejercicio de la voluntad transformadora”. La alianza era posible para los alumnos-fundadores, quienes se recordaban a sí mismos ascendiendo gradualmente los peldaños de la carrera académica y completando su tránsito genealógico. Lischetti concluyó rememorando que “Así llegamos a los concursos de Marzo del '66, los recuerdo con legalidad y con limpieza” (CGAJA:12). Ese tránsito no eliminaba, sin embargo, una nascente tendencia a la integración generacional por la que abogaban, en 1988, los “alumnos de la Facultad”. Ratier, p.e., se refirió al Congreso Nacional de Estudiantes de Antropología de 1961 en Rosario,



“Congreso que recuerdo como uno de los más serios a los que asistí ... éramos una Antropología a nivel nacional” (CGAJA:14-5). Esta mención planteaba una difícil disyuntiva en aquellos primeros alumnos. Por un lado, reafirmaba la pertenencia generacional: sus organizadores habían prohibido el ingreso de los profesores y los estudiantes aparecían como los forjadores de una antropología nacional que incluyera temáticas hasta entonces ignoradas: la reforma agraria y la aculturación controlada de los indígenas. Con su “seriedad” Ratier señalaba que los alumnos podían replicar a sus mayores aunque sin su permiso ni supervisión. Pero por otro lado, Ratier calificaba al Congreso como una “locura” (Ibid), indicando quizás su carácter farsesco, quizás el fruto del apasionamiento bello e irrefrenable de la juventud en una sociedad crecientemente movilizada<sup>41</sup>.

Por su parte, Herrán se erigió en 1988 en portavoz de los alumnos de la Facultad cuya misión era reunir “los grandes problemas de la sociedad política” y la “política universitaria”. Por entonces, recordó, la articulación era cada vez más evidente; estudiantes de la Facultad eran miembros del foco guerrillero del 63-64 en Salta<sup>42</sup> y las marchas estudiantiles repudiaban la invasión de los EE.UU. a Santo Domingo y reclamaban por mayor presupuesto universitario (Neufeld, CGAJA:34).

Así, cada grupo de ex-estudiantes ponía un énfasis distinto para referirse a la disyuntiva genealógico-generacional; los alumnos-fundadores apelaban a términos académicos, y los “de la Facultad” a términos políticos. Ratier reconocía que “/.../ ese mundo así, un poco ingenuo, un poco cándido (del Museo) /.../ empieza a dividirse” (CGAJA:16), pero no especificó el contexto ni las condiciones de dicho proceso, para él gradual y casi natural.

“...nos íbamos alejando de los profesores iniciales, esa mancomunidad inicial fue discriminándose cada vez más. Primero nos discriminamos profesores y alumnos, luego nos separaron las orientaciones, los arqueólogos, los etnólogos. Por último nos agrupamos por ideologías políticas y buscando coherentizar lo uno con lo otro por metodologías científicas. Del grupo inicial algunos optaron por la fenomenología, otros por el estructuralismo o el estructural-funcionalismo, o bien por el materialismo histórico” (Lischetti, CGAJA:12).

Mientras estas divisiones podían ser parte de la institucionalización de la *communitas* original, para Herrán “/.../ algún día estaríamos en la vereda de enfrente, y no sólo en la silla de enfrente del café” (CGAJA:25). Otra “alumna de la Facultad” mostró que la política amenazaba la unidad:

“Yo les recuerdo algo que quizás ustedes no sepan: en esos años existía y hacía sus reuniones en el Museo Etnográfico la Sociedad Asiática. La Sociedad Asiática era una sociedad dedicada al estudio de la problemática etnográfica /.../ al mismo tiempo, albergaba a una serie de personajes cuya ideología estaba estrechamente vinculada al nazismo. Inclusive Menghin era un personaje del que yo creo que nos hemos acordado poco en el día de hoy, y yo quiero recordarlo. Es decir, el profesor Osvaldo Menghin era un prehistoriador de fama internacional, aparentemente. Pero en realidad, yo creo que debería pasar a la fama y a la historia por otro hecho del cual participó. Ustedes saben que durante el período de Hitler, Austria fue incorporada a Alemania. Y fue él el que firmó el decreto de expulsión de Sigmund Freud, de la Universidad de Viena. Ese fue nuestro profesor de Prehistoria” (Neufeld, CGAJA:34).

María Rosa Neufeld, delegada estudiantil a la Junta Departamental del ‘65, se refería al titular de la cátedra de Prehistoria que ingresó a la carrera en 1948 ni bien arribó a la Argentina<sup>43</sup>. Agregó luego que en 1966 los estudiantes estaban traduciendo documentos que probaban su participación en el Nacional Socialismo austríaco (CGAJA 1989:34).

A esa altura del primer panel, la integración y el separatismo aparecían como las dos caras



del pasado antropológico porteño, encarnando cada una un patrón alternativo de historización: el genealógico y el generacional. El genealógico —p.e., de linajes patrilineales— se remonta a un pasado con el cual los sujetos historizadores observan continuidad y lealtad; cada generación debe transmitir el pasado a la generación siguiente, y ésta retomarlo y transmitirlo. La historización en el modelo generacional resulta de la interacción entre generaciones distintas pero opuestas e incluso hostiles; las sucesivas generaciones reciben la historia de sus antecesores pero lejos de observar lealtad, la reinterpretan reactivamente. Esta distinción vincula a sendos modelos de producción historiográfica con relaciones sociales específicas. El modelo generacional puede encontrarse, por ejemplo, en contextos atravesados por violentas rupturas políticas de las que participa la sociedad<sup>44</sup>.

Ciertamente, ambos modelos estuvieron presentes en las Jornadas del '88, pero en el pasaje del primer al segundo panel expositores y auditorio actuaron el desplazamiento de un modelo genealógico a otro generacional. Dicho desplazamiento se retrotraía a un tiempo y un espacio del pasado: el traslado de las materias específicas a la nueva sede de la Facultad en la calle Independencia, y los sucesos políticos de junio y julio de 1966. Así los dos alumnos del primer panel —hoy antropólogos sociales— fueron los primeros en admitir la victoria de la generación sobre la genealogía, señalando uno la fractura académica producto de la irrupción política y otra como cuestión de carácter.

“/.../ y en el momento en que parecía que se iba a producir cierto relevo generacional, en que parecía que íbamos a poder acceder a la universidad, llegan “los bastones largos” (Ratier, CGAJA:17).

“se me ocurre caracterizar a ese grupo inicial como ingenuo e inocente, unos tal vez más que otros ... Pero sobre todo, éramos un grupo muy apasionado: por la Antropología, por la política, por el afán de querer dar cuenta con nuestros actos de lo que pensábamos, de lo que sentíamos. Creo que la inocencia la perdimos. Nos volvimos mucho más serios. Pero, según yo lo veo, conservamos la pasión” (Lischetti CGAJA:12-3).

Mientras ninguno de ellos puso en duda que la generación fuera la protagonista central y uniforme del pasado, el folklorólogo de la mesa hizo un llamado por la unidad perdida, alertando que los impactos externos habían mellado la genealogía académica y también la unidad de la generación:

“/.../ yo quisiera rescatar algunas cosas ... evidentemente hubo una serie de cortes, una serie de interrupciones políticas, una serie de marginaciones, una serie, en momentos que nos separaron ... que nos frustraron... Pero yo quisiera /.../ hacer todo lo posible para que exista ese momento en que, como dijo Hugo, conviviéramos todos” (Merlino, CGAJA:20).

Con esta puntualización el panelista revelaba la compatibilidad entre generación y genealogía en los albores de la carrera, pero también las limitaciones de una memoria generacional privada de genealogías. ¿Cuáles eran esas limitaciones y de dónde provenían?

## LOS BASTONES DE LA RUPTURA

El cambio del primer al segundo panel se alojó en una disrupción institucional nacional y universitaria. Al mes del golpe de estado del 28 de junio, cuando la “Revolución Argentina” depuso al presidente radical Arturo H. Illia, las fuerzas de seguridad ocuparon la Universidad. Por analogía con la Alemania Nazi<sup>45</sup>, la comunidad universitaria de Buenos Aires bautizó “Noche de los



bastones largos”<sup>46</sup> al ingreso de la Policía Montada Federal en los predios y edificios de la UBA. El despliegue represivo que alcanzó mayor violencia en las facultades de Ciencias Exactas y de Filosofía y Letras, desalojó a autoridades, profesores y estudiantes, y provocó la renuncia de 3000 docentes en repudio a la intervención.

En el campo antropológico, 1966 tenía sentidos específicos. Para los ya ex-alumnos del Museo, la “Noche” interrumpió su naciente carrera. Las renunciadas dejaron vacantes los concursos ganados (ver supra)<sup>47</sup>. Pero como no todos decidieron abandonar la facultad, la permanencia de algunos estableció una división inexorable ya que el Museo y la Facultad no cobijarían bajo un mismo techo a los dimitentes<sup>48</sup>. Para los “alumnos de la Facultad” el episodio instauraba un período de “luchas”; los estudiantes aspiraban a desempeñar un papel mayor en la realidad social<sup>49</sup>. Finalmente, la “Noche” canceló la reforma del plan de estudios de la carrera

“/.../ de Antropología que en ningún momento le había quedado bien, a medida, a los estudiantes que, en realidad también habían propiciado su creación” (Neufeld, CGAJA:35).

La intención de la reforma, que los panelistas volvieron a atribuir a la iniciativa estudiantil, nacía de una insatisfacción con el plan original cuya autoría nunca se especificó, y de la búsqueda en diversas alternativas teóricas —el estructuralismo levi-straussiano, el estructural-funcionalismo inglés y el psicoanálisis— en los departamentos vecinos. “Ante las necesidades teóricas que iban surgiendo, nos acercábamos a la carrera de Sociología, que era más científicista” (Lischetti, CGAJA:12)<sup>50</sup>. Una de las opciones la proveyó en 1962 Gino Germani, quien como director de Sociología contrató al antropólogo norteamericano Ralph Beals para dictar “Antropología Social”. Aunque sus contenidos diferían de lo impartido en el Museo, también hablaban de antropología. Sin embargo, en sus recuerdos alumnos del Museo y de la Facultad transformaban la oferta en parte de su propia búsqueda, más que en un programa alternativo de formación. Ello es evidente en que la redefinición que algunos estudiantes esperaban concretar en 1966 consistía en la creación de una cuarta rama<sup>51</sup> u orientación que se sumaría a las tres ya existentes: “Antropología Social”. Pero esta alternativa se imaginaba distinta a la oferta de Sociología. Un ex-estudiante cursante de La Plata, dio algunos motivos posibles:

“...quizás nosotros nacimos críticos, puede ser; mala suerte. Yo creo que es buena suerte /.../ Pero sabíamos que eso (Radcliffe-Brown y Evans Pritchard) tampoco nos servía /.../ no se combinaba con las enormes convulsiones que conmovían al país. No se combinaba con el cordobazo, no se combinaba con Pampillón, no se combinaba con Bello, no se combinaba con el mendozazo y el rosariozo. Y nosotros buscábamos, de alguna manera, que nuestro quehacer académico tuviera que ver con todo eso, tuviera que ver con nuestro país, con un destino de país” (Wallace, CGAJA:41)<sup>52</sup>.

La irrupción de la política nacional en la academia no sólo sembró dudas acerca de la utilidad de los recursos académicos para el diseño de campos disciplinarios autónomos con reglas específicas. También consolidó la invención de esa Antropología Social que la “Noche” transformó en utopía, en un “horizonte mítico” que, como dijo Ratier, nunca pudo ser alcanzado (CGAJA:16), pero tras el cual se alinearían estudiantes y jóvenes graduados identificados con un “quehacer académico” comprometido “con un destino de país” contestatario.

Este tono fue evidente en el recuerdo del prestigioso arqueólogo Alberto Rex González, expositor y único prehistoriador del segundo panel, quien recordó la presión estudiantil para cancelar el Congreso de Americanistas en protesta por la muerte de un alumno de la Universidad de Córdoba. El Congreso se realizaría poco tiempo después del golpe de estado<sup>53</sup>. El incidente planteaba el enfrentamiento entre dos grupos, uno de los cuales se autodefinía “como generación, como estudiantes” (Wallace, CGAJA:42), pero a ello sumaba otra oposición entre la especialidad



de la Prehistoria y una presunta rama contestataria: Rex González, un “consagrado” a cargo del cónclave antropológico de mayor envergadura mundial, se veía enfrentado a alumnos y jóvenes graduados más próximos a la opción irrealizada, ambigüamente situados entre la academia y la política, y decididamente apasionados por “el destino del país”. Extendiendo el llamado del folclorólogo Merlino, parecía que la perspectiva generacional apartaba a los estudiantes aún de aquellos mayores con quienes podían tener alguna afinidad. La posición de “geronte” era ciertamente incómoda.

Aquella Antropología Social debía ser contestataria. Que no llegara a plasmarse en un programa de contenidos articulados a la tradición disciplinaria no sólo se debía a la coyuntura política.

“.../ Lo único que sabíamos es que nuestra posición era totalmente crítica a la Antropología que habíamos aprendido en el Museo” (Chirighini, CGAJA:37).

“Sabíamos lo que no queríamos, pero no sabíamos lo que queríamos” (Wallace, CGAJA:40).

La especialidad contestataria crecía en el lugar vacío que profesores renunciados del ‘66 y estudiantes abandonados delineaban en un clima de “éxodo” y orfandad. La continuidad sufría su primer corte y el espacio académico se configuraba como el de una generación expulsada a la espera de un regreso: el de los jóvenes antropólogos sociales.

## LA PASIÓN TRANSFORMADORA

“Entramos en un período polémico sobre el cual, noto con cierta alarma, que se suele pasar muy rápidamente. Evidentemente es una época que suscita amores u odios. No hay nada intermedio” (Ratier, CGAJA:47).

Ratier, alumno fundador y renunciado en 1966, regresaba en el tercer panel de 1988 como había regresado en 1973, para recuperar un lapsó ausente de “la memoria antropológica” y analizar críticamente lo que con ligereza, para él, había sido mal caracterizado como la “época del dulce de leche y la cultura nacional”<sup>54</sup>.

Aparentemente la memoria perdida involucraba a los organizadores que omitieron de un dibujo de las sucesivas sedes de la Facultad, la de aquel breve período, el primer edificio del hospital-escuela de la UBA. Por eso Ratier reconoció que

“Y falta porque falta en la memoria del dibujante, porque falta en la memoria de muchos de ustedes. Falta además porque cuando se demolió el Hospital de Clínicas el Ministerio de Educación —en persona— vino a dar el primer piquetazo. Y sembró sal sobre sus ruinas para que cayera en el olvido” (CGAJA:47).

El panelista comenzaba por el final esta crónica del desastre. Las dos temporalidades, el ‘73 y un momento posterior que logró instaurar el olvido, alcanzó también a los panelistas, tiñendo sus historias de dramática urgencia.

“Tengo que pedir disculpas, también por mala memoria /.../ porque nos falta material de esa época. Como saben ustedes, después vino un período en que más valía no tener en casa ni siquiera un disco de Mercedes Sosa, mucho menos un Plan de Estudios” (CGAJA:48).

El panel iba a recordar sobre las ruinas, agregando un nuevo sentido a su título “El antropólogo comprometido con su historia”.



Ratier definió su disposición a hacerse cargo de la dirección del Departamento de Ciencias Antropológicas de la rebautizada “Universidad Nacional y Popular de Buenos Aires”, como “un deber de militancia” (CGAJA:49). Ese deber se fundaba en la afinidad política con el gobierno nacional, no en una elección de los claustros universitarios restaurados en 1973 o en una política académica antropológica.

Profesores, graduados, alumnos y también no docentes volvían a apropiarse de la Universidad, pero lo hacían como jóvenes y militantes: “Había muchos egresados jóvenes con un enorme entusiasmo y con muy poca experiencia” (Ratier, CGAJA:50); “Todos veníamos de una experiencia de militancia” (Ibid:48) que desembocaría en “cambios estructurales” inminentes (Ibid). Jóvenes eran también algunas temáticas de investigación extrañas a la tradición antropológica de entonces: las historietas, la política indígena, los medios de comunicación y la dependencia; ni Evans-Pritchard ni Radcliffe-Brown integraban los contenidos de las novedosas y politizadas “cátedras nacionales” (CGAJA:50).

“Fueron muy importante, en este período tan breve (el que va de 1973 a 1975), las Cátedras Nacionales /.../ que traían una temática de debate nuevo y una heterodoxia bibliográfica que hacía arder la piel de más de un ortodoxo. Porque, por ejemplo, se leía conjuntamente Scalabrini Ortiz, Jauretche, Perón, Mao, Lenin, el Che Guevara” (Ratier, CGAJA:48).

La utopía de la Antropología Social parecía próxima a concretarse. Su marca de nacimiento como opositora al Onganiato, era afín al clima de la universidad popular. En la pasión y la urgencia de su carácter contestatario no había lugar para la ortodoxia, o para la repetición de modelos preexistentes, o para la genealogía.

Sin embargo, de este clima había excluidos por un “absurdo maccartismo de izquierda contra compañeros que no militaban en agrupaciones peronistas” (Ratier, CGAJA:49). Por eso Ratier recordó su amplia convocatoria a todos los docentes, incluso a quien, “alejado momentáneamente” de su cátedra, se dedicaba a “sus investigaciones”:

“/.../ el Dr. Bórmida /.../ me vino a ver en nombre de nuestro viejo conocimiento, para pedirme que ... dijo que había visto un cartel en la facultad que decía que lo querían echar... y me pedía que por favor le avisara con tiempo /.../ El investigó durante esa etapa sin ningún problema” (Ratier, CGAJA:50).

Sin aclarar los motivos del descontento, el entonces joven director de la carrera mostraba su comprensión en virtud de un “viejo conocimiento” que se remontaba a la etapa fundacional, aunque se trataba ya de dos generaciones enfrentadas, y no de maestros y discípulos.

Y mientras la Facultad adquiría la imagen de un ámbito tumultuoso y renovado de antropología social y política, la urgencia alcanzaba extrañamente al “mundo (otrora) dorado” donde se recreaba una *communitas* algo diferente. Las jóvenes autoridades se proponían rescatar al Museo Etnográfico de su elitismo primigenio y reparar el abandono al que se lo había sometido en los últimos siete años. Los arreglos del techo, el inventario de piezas indiscriminadas por épocas, orígenes y estilos, y la evidencia del daño provocado por factores ambientales, eran parte de una arqueología de salvataje patrimonial<sup>55</sup>. Pero esta tarea, que tendría como protagonistas a las autoridades y a la “comunidad universitaria” —docentes, alumnos y también no-docentes<sup>56</sup>— estaba destinada a efectuar una “reparación” apasionada, joven y desinteresada<sup>57</sup>.

“/.../ creo que nadie de los que estábamos a cargo del Museo /.../ estábamos capacitados tampoco para dirigir investigaciones. Eramos gente prácticamente recién recibida. Eramos muy jóvenes” (Palermo, CGAJA:55).



Llamativamente esa reparación tenía por objeto y escenario un depósito de tradiciones, esto es, el Museo Etnográfico. ¿Acaso se quería recuperar la continuidad con el pasado y elaborar una genealogía? Ciertamente, aunque la memoria de esa reparación histórica era muy controvertida en 1988, sobre todo para legitimar la identidad contestataria de la Antropología Social.

Para Ratier el “Museo Etnográfico Juan Bautista Ambrosetti”

“tuvo el cambio más notable; porque se llamó ‘Centro de Recuperación de la Cultura Popular José Imbelloni’. Creo que si hay alguien que no tiene nada que ver con la cultura popular es José Imbelloni. Tal vez lo que pasó es que en ese momento se rescataba el pasado peronista de Imbelloni, que había sido dejado cesante después de la época de Perón. De todos modos no era muy feliz el término...” (CGAJA:49).

Si bien no encontraba una explicación satisfactoria, su intervención fue iluminadora. En medio del fervor transformador<sup>58</sup>, el panelista jerarquizó el del nombre del Museo como “el cambio más notable”; desacreditó a Imbelloni como un ícono de la cultura popular; sumó al período de las tres décadas conmemoradas (1958-1988) los 13 años previos, llegando a 1945, e intentó subordinar la re-nominación del Museo a una recuperación política e institucional que tanto podía ser genealógica, por retrotraerse a Juan Domingo Perón, padre fundador de un linaje político, como generacional, porque sus “recuperadores” eran jóvenes con poca experiencia.

El pasado peronista de Imbelloni al que se refería Ratier en 1988 correspondía a la década fundacional del peronismo, 1945-1955, cuando aquél dirigía el Museo y el Instituto de Ciencias Antropológicas, al que se incorporaron Bórmida primero, y Menghin después. La puesta del Museo bajo la advocación de Imbelloni era una “reparación histórica”, como se decía entonces; la “Revolución Libertadora” de 1955<sup>59</sup> había expulsado a Perón del gobierno y el país, y a funcionarios e intelectuales comprometidos con el “tirano prófugo”<sup>60</sup>; las medidas habían alcanzado a la universidad argentina<sup>61</sup> e Imbelloni fue una de sus víctimas. Sin embargo, en las Jornadas del ‘88 los “jóvenes antropólogos” del ‘73 se limitaron a exaltar el carácter popular del regreso peronista tras 17 años de proscripción, del que se mostraban partícipes activos. Consecuentemente “la vuelta” del líder mayoritario y popular fue replicada abriendo el Museo a la “comunidad” con visitas guiadas al público (Palermo, CGAJA:56)<sup>62</sup>. No más el “altar budista”.

Sin embargo, en el contexto de 1988, el “regreso” de Imbelloni al campo antropológico, encarnado en un nombre, no se consideró “feliz”. Miguel Angel Palermo, miembro de la Junta que dirigió el Museo en el período 73-74, dijo que fue un

“...nombre absurdo, realmente, que se le dio al Museo...fue algo muy complicado, yo nunca lo llegué a entender, realmente. Y hoy tampoco; lo que no me disculpa /.../ digamos que estaba muy ocupado, que me parecía más importante discutir otras cosas, que si le poníamos José Imbelloni o no al Centro” (CGAJA: 55).

Ratier y Palermo exponían así un dilema entre el campo antropológico y el político; en éste la recuperación genealógica podía recordarse como legítima; en aquél no. Las razones eran complejas: por una parte, la reparación de la genealogía política comprometía la creación de una carrera de Ciencias Antropológicas al interior de una gestión académica antiperonista.

“Nuestras luchas, hasta el ‘65 o hasta el golpe del ‘66, estaban dirigidas /.../ en contra de los intereses de los trabajadores. Nosotros luchábamos por encerrarnos /.../ dentro de los marcos y de los muros académicos” (Wallace, CGAJA:41).

Por otra parte, la reparación de la genealogía académica en la figura de Imbelloni era inadmisibles a la luz de lo que ocurriría desde fines de 1974 y en particular, desde 1976, acerca de lo cual había demasiados testigos en 1988.



## CATÁSTROFE Y RESISTENCIA

El 16 de setiembre de 1974 marcó el inicio de una intervención, inicialmente “fascista”<sup>63</sup>, y con ella de un nuevo período que los asistentes caracterizaron por sus múltiples fracturas. El panel respectivo se titulaba “Período de las formaciones paralelas”. Algunos lo recordaron desde fuera de la carrera, pues habían sido expulsados o exiliados, o buscaban alternativas de formación fuera de la facultad, o estaban presos y desaparecidos. Pero quienes cursaron en aquellos años y debían recordar “desde adentro” de la carrera padecieron la incomodidad de participar de un panel donde la continuidad antropológica legítima se narraba por fuera de la institución oficial, quedando así desterrados de la conmemoración. Por eso, una joven graduada inquirió con razón:

“¿Cuáles formaciones paralelas? Si bien la mayoría de nosotros —y estoy hablando de los que entramos durante la dictadura— fue consumidor de formación paralela: cursos, bibliografía, debates ... los pocos que había ... la sensación durante los primeros años (me refiero a los anteriores al 80-81, aproximadamente) era de que la Antropología empezaba y terminaba en la facultad” (Scotto, CGAJA:89).

Pero los organizadores tenían sus razones para imponer ese título al período “1975-1983”. Aludiendo a cursos y actividades en institutos semi-privados y en las casas de algunos ex-profesores, fuera del ámbito oficial, enfatizaban uno de los objetivos de las Jornadas:

“/.../ para algunos estudiantes que estábamos en ese momento en la Facultad, resultó una suerte de encuentro con gente que /.../ no estaba en la Facultad y la apertura a bibliografía que, de hecho, no podíamos leer” (Domínguez Mon, CGAJA:80).

Un ex-profesor del Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES) ratificaba esta reconexión genealógica:

“(En el IDES y otros centros privados se buscó) un ámbito donde se pudiera establecer ese contacto entre antropólogos y estudiantes /.../” (Bartolomé, CGAJA:80).

Esa gente, cultora de la disciplina “maldita” (Orquera, CGAJA:82), sobrevivía en torno al fuego de un nombre, la “Antropología Social”, que sólo podía materializarse fuera de la UBA. Los exiliados externos e internos, incluyendo a quienes dictaban sus seminarios en el IDES —Esther Hermitte y Carlos Herrán— y en sus casas —Blas Alberti—, ejercían una variable influencia en esta resistencia desde la clandestinidad académica. Pero en 1988 la Antropología Social lograba concitar la simpatía de antropólogos de otras especialidades. Esta convergencia era posible gracias a la política universitaria del Proceso de Reorganización Nacional (PRN) que entre 1976 y 1983 extendió sin tregua el rango de los excluidos. Ahora, de las Jornadas, quedaban fuera por lo menos quienes habían integrado aquella gestión.

A la identidad entre Antropología y Antropología Social contribuían los efectos de esa política en la misma carrera. El presidente del Colegio de Graduados en 1988 recordó que:

“El 30 de abril de 1979, por Resolución n.149, el Rector de la Universidad, designó una Comisión /.../ para estudiar la reorganización académica de las carreras de Psicología, Sociología, Ciencias de la Educación y Ciencias Antropológicas. /.../ Como consecuencia de esta comisión, se pone a trabajar una Comisión especial que trabaja sobre la carrera de Antropología. Está integrada por Mario Califano, Amalia Sanguinetti de Bórmida y Jean Vellard y decide anunciar (en 1980) el cierre de la inscripción a la carrera para el año 1981 con el propósito de transformarla en un curso de posgrado” (Alvarez, CGAJA:92).<sup>64</sup>



Esta iniciativa había rondado a las autoridades de la carrera cuando la intervención del '75 transfirió Antropología al Departamento de Historia, mientras las carreras hermanas de Sociología y Psicología eran deportadas a otras dependencias. Unos años después retomaron la idea la ya viuda de Bórmida y algunos de sus discípulos<sup>65</sup>. El virtual cierre de la carrera cuya creación "los Bórmida" habían propiciado, fue calificado por el panel como un intento de asesinato. El coordinador arqueólogo Luis Orquera concluyó su exposición celebrando que al culminar el PRN en 1983 "La Antropología que habéis matado, todavía gozaba de buena salud" (CGAJA:82).

Los estudiantes y el Colegio recordaron cómo lograron resistir la medida<sup>66</sup>, mientras los profesores se ubicaban en las antípodas. Algunos panelistas autoadscriptos a la generación que cursó su carrera bajo el PRN, definieron al campo antropológico de la UBA como dividido en bandos.

"'Ustedes saben de qué puedo acusarlo yo a cada uno de ustedes. Lo que han hecho es subversivo', decía Miguel de los Ríos a sus alumnos en la cátedra de Antropología, que había sido de Bórmida hasta su muerte en 1978. (Esto fue) Ante un planteo (estudiantil) de un (examen) parcial /.../' (Arenas, CGAJA:83; nuestros paréntesis).

"En el '80, la sensación bastante generalizada es que esa Antropología /.../ la de Marcelo Bórmida y sus secuaces, no era la que se quería" (Scotto, CGAJA:89).

Mientras los panelistas mayores, ex-profesores de la carrera, hablaban de un período regresivo<sup>67</sup>, los ex-estudiantes recordaban la vigilancia omnímoda en una guerra contra jóvenes sospechosos.

"Algo habíamos aprendido del enemigo: que por subvertir el orden de las apariencias y la inmovilidad de las cosas, la verdadera ciencia es subversiva /.../' (Arenas, CGAJA:84).

La comunidad académica se había reconfigurado en el decurso de las Jornadas y uno de los tres claustros del período inicial sufría una profunda transformación. Algunos profesores de la alianza original se habían convertido en "enemigos"; quienes habían resistido el "asesinato" de la carrera se autoadscribían como estudiantes y graduados, no como docentes. Mientras, algunos profesores que habían impartido la orientación "maldita" desde las "formaciones paralelas" no participaron en las Jornadas, aludiendo razones de enfermedad.

"Lamentablemente esta parte (de la exposición) ha quedado muy restringida debido a las ausencias de Blas Alberti y de Esther Hermitte" (Orquera, CGAJA:83. Nuestro paréntesis).

Ambas figuras se autoadscribían como "antropólogos sociales" con distinta formación y prolongada trayectoria; uno se había desempeñado en la Argentina y abocado a la elaboración teórica; otra recibió su especialidad en los EEUU y se dedicó a la investigación empírica<sup>68</sup>. Aunque los dos habían ofrecido importantes espacios para la supervivencia de la Antropología Social entre 1975 y 1983, y desempeñaron cargos en la democratización universitaria y científica desde 1984, sus perfiles no fueron ponderados por los asistentes como posibles cabezas de linaje alternativo a la antropología oficial. En 1988 las voces de filiación estuvieron ausentes, y la continuidad de la antropología se atribuía a la entidad gremial (el Colegio de Graduados) y a los estudiantes, pasados y actuales; asimismo, la legitimidad de la antropología *cum* antropología social se esgrimía en el campo de la política universitaria, más que en el de la investigación.

"La carrera fue defendida por los estudiantes y el Colegio de Graduados. Los jinetes del Apocalipsis pasaron y aquí estamos los antropólogos conmemorando los treinta años. E íbamos a llegar a la ciencia por la política y el diseño" (Arenas, CGAJA:84-85).



Otra ex-alumna que finalizó su carrera en el PRN confirmó el carácter de la Antropología Social como una utopía política, más que como opción académica. Al referirse a 1983 recordó que

“volvimos a una Antropología que sabíamos que no queríamos. ¿Cuál era la que sí queríamos? Bueno, en esa cuestión es que estábamos desde antes. Pero había que seguir haciendo y buscando caminos para encontrar esto. Y también volvíamos porque éramos cabezas duras. Porque TENIAMOS que estar en la Facultad ... porque si no era ‘hacerle el juego’ a ellos” (Carozzi, CGAJA:87).

En las memorias de los panelistas y de los asistentes ex-alumnos, la carrera se había transformado en un campo de batalla, lo cual no difería de la mayoría de las actividades públicas en la Argentina del período. La Antropología Social, nombre de uno de los contendientes, se ampliaba desde su carácter oposicional a “lo no querido” y alcanzaba por igual a proscriptos, excluidos y perseguidos, y también a quienes habían mantenido sus puestos desde la disidencia.

El enemigo fascista primero y militar después, fue nominado con las tres posturas teóricas que campearon en el período: “fenomenología”, “hermenéutica”, “difusionismo”; quien reunía en su trayectoria académica los tres “vicios” era un viejo conocido. Marcelo Bórmida, principal figura de la alianza original devenida en una presencia controvertida pero silenciosa, se transformó durante el cuarto panel en un jefe de banda que, aprovechando cada intervención autoritaria, se había apropiado ilegítimamente del espacio antropológico porteño y operado la exclusión de sus colegas y de una subdisciplina, hasta amenazar póstumamente la continuidad de la carrera misma.

## LA IMPOSIBILIDAD GENEALÓGICA

“Un sistema de exclusión total irrumpió e impuso el nuevo discurso de la obediencia, y rompió el huevo de la serpiente incubado en la práctica antropológica. En la carrera de Antropología se llamó Bórmida y compañía” (Arenas, CGAJA:83).

Las Jornadas a las que convocó el Colegio de Graduados en Ciencias Antropológicas en 1988 tenían como objetivo conmemorar la continuidad de treinta años de una carrera universitaria. Este fin contrastaba con las fracturas y exclusiones que, como a los demás espacios de la sociedad y el Estado argentinos, la habían afectado. Los asistentes creyeron que la misión era posible, pero se encontraron frente a una continuidad distinta de la que querían celebrar.

A diferencia de las otras nuevas carreras de la Facultad, Ciencias Antropológicas contaba con una mayor profundidad temporal que se remontaba, al menos, a la época en que algunos profesores de Historia investigaban en el Instituto de Ciencias Antropológicas que funcionaba en el Museo Etnográfico. Esa continuidad, nunca explicitada en las Jornadas, la encarnó quien dominó académica y políticamente las instituciones antropológicas porteñas desde el nacimiento de la carrera hasta después de su propia muerte en 1978. Marcelo Bórmida, profesor desde el segundo gobierno peronista, sobrevivió a las purgas del '56, se transformó en uno de sus primeros docentes y en relevante interlocutor de los alumnos-fundadores; permaneció en 1966 y en los agitados días del '73 y '74, cuando fue honrado, indirectamente, en el bautismo del Museo Etnográfico con la figura de su maestro Imbelloni; en 1975 fue investido como director del Departamento, cargo que ocupó hasta su deceso; su viuda y discípulos condujeron la carrera hasta 1982 en que tomó la dirección un etnólogo externo al círculo, Edgardo Cordeu (CGAJA:99), precisamente cuando el PRN iniciaba su veloz retirada tras la rendición de Puerto Argentino (Malvinas) el 14 de junio.

Sin embargo, a lo largo de esta presencia, sólo la memoria del PRN<sup>69</sup> hace de Bórmida una figura irreconciliable con la carrera misma. Así, su representación del Profesor Menghin ante un proyecto de juicio académico en 1965 redactado por los estudiantes (uno de ellos desaparecido) no



fue mencionada en las Jornadas<sup>70</sup>; y si bien estuvo implicado en el régimen de la Revolución Argentina y no renunció a la Universidad, su presencia podía tolerarse, como en 1973-74<sup>71</sup>. Recién ante la evocación del PRN Bórmida se convirtió para los panelistas y asistentes en colaboracionista y encarnación académica de la guerra anti-subversiva dictada por las Fuerzas Armadas. Planteles docentes y planes de estudio sujetos a normativas dictadas por controles externos, y estudiantes expuestos a represalias policiales y académicas, eran el marco propicio para clasificar a quienes ocuparon la conducción de la carrera en esos años bajo una categoría de la que todavía no habían participado. Una integrante de la comisión organizadora concluyó el encuentro diciendo que:

“Consideramos como logro de estas jornadas que se explicitara el lugar de la disidencia y que se nombrara al enemigo -antes sólo formulado en voz baja y entre conocidos” (Domínguez Mon, CGAJA:144).

Pero ese enemigo, un Otro por excelencia, difícilmente podía considerarse externo, pues la acusación alcanzaba a profesores que proponían cerrar la carrera cuya creación habían propiciado. Los “Bórmida”, que invitaban a sus alumnos a su casa en la *communitas* de origen, sintetizaban ahora el ambiente proscripivo de teorías, personas, profesores y una subdisciplina, evocando un holocausto nativo análogo al referido en el segundo panel a través de la figura del profesor de prehistoria de Bórmida, Oswald Menghin<sup>72</sup>.

Las narraciones del comienzo y el final de las Jornadas, cuyo común denominador encarnaba la figura de Bórmida, presentaban un dilema para los asistentes. ¿Cómo construir y sostener una continuidad sin “celebrar”, a la vez, “el huevo de la serpiente”? ¿Y cómo participar de las Jornadas y de aquella tumultuosa historia sin ser sospechado de colaboracionista? Congruentemente, parte de la solución fue general al evento y consistió en adoptar un determinado patrón de historización de la carrera. Pero este patrón involucraba a algunos participantes, quienes dieron a la conmemoración un carácter más concreto.

Organizadores y panelistas acordaron en fragmentar la carrera en localizaciones témporo-espaciales diversas: desde el interior la “creación” (Panel I) y el “compromiso” (Panel III), y desde el exterior el “éxodo” (Panel II) y las “formaciones paralelas” (Panel IV). Cada panel correspondía a un período político-institucional cuyos límites coincidían con cortes abruptos. Los dos que iniciaban períodos “exteriores” (II y IV) estaban marcados por hechos de violencia de los cuales asistentes, organizadores y panelistas se presentaban como víctimas, y por lo tanto como excluido de la carrera oficial. El término con que se designó esta posición en 1988 fue “Antropología Social”, la cual se concebía como subdisciplina contestataria, “maldita” y proscripva por los regímenes de facto. Y como, por haber sido perseguida, la Antropología Social ésta no podía ser acusada de colaboracionista, buena parte de los panelistas y asistentes a las Jornadas, y todos los miembros de la comisión organizadora coincidieron en adscribirse como “antropólogos sociales”.

Esta definición no entrañaba una estructura académica, con sus correspondientes jerarquías de maestros y discípulos. Y aunque algunos colegas podían en 1988 ostentar el título de “profesores” por su edad, trayectoria docente y producción, muchos de los presentes prefirieron edificar una memoria generacional y no genealógica; ni siquiera una genealogía alternativa. La generación estaba integrada, principalmente, por “estudiantes” y “gremialistas” en una opción más política que académica basada en el compromiso, el “apasionamiento” y la resistencia. En la turbulenta vida política y universitaria argentina no fueron ciertamente los criterios académicos los que podían garantizar la continuidad<sup>73</sup>.

Pero el dilema se hacía más punzante para los alumnos-fundadores, quienes en sus reconstrucciones del pasado debían conciliar “satisfactoriamente” algunas discordancias: por un lado, la carrera había nacido del acuerdo con los profesores y la *communitas* del Museo, y por el otro, todos sus protagonistas se habían visto implicados en uno u otro bando de los avatares políticos, hasta llegar al holocausto de la carrera y la persecución y desaparición de sus cultores.



¿Cómo explicar la mística de la primera época, y el aprendizaje de un modo de vida? ¿Quiénes empollaban el huevo de un ser venenoso? Y finalmente, ¿cómo combinar la identidad política transformadora de aquellos jóvenes alumnos de antropología, con una administración universitaria dependiente de un régimen proscriptivo de la voluntad popular, como el de 1955-1958? En las respuestas, la identidad de la carrera y de los antropólogos debía ser reconfigurada.

Para no reducir la disciplina y la carrera a una filiación vergonzante, quienes atestiguaron su creación se autoinvistieron como sus co-creadores<sup>74</sup> pero marcando las diferencias. Fue en el contexto de 1988 que Ratier debió diferenciar a la primera promoción de estudiantes, tan cercana a sus profesores, como “ni histórico-culturales ni bormidianos”. Sin embargo, con esta distinción los alumnos-fundadores no parecían aspirar a un rango de profesores plenos, no sólo porque sus carreras académicas se truncaron prematuramente en 1966, o porque sus expulsiones y exilios externos e internos los alejaron irremediamente de sus eventuales sucesores; también porque sobre muchos de ellos pendía el estigma original de la *communitas* con un “maestro” de dudosa moral: ¿acaso Bórmida había cambiado en 1966 o siempre había sido un “enemigo”? La duda tenía buenas nutrientes, pues la carrera de Ciencias Antropológicas nacía de la mano de intelectuales extranjeros oriundos de los países del Eje, bajo una administración nacional y universitaria antiperonista. La indignación de Ratier ante el olvido o la trivialización del periodo 73-74 por parte de los historiadores de la disciplina en la Argentina, era justificada; aunque breve, en ese lapso los alumnos-fundadores regresaron para comandar la carrera bajo una administración popular, mientras los viejos profesores eran retirados a una suerte de cuarentena. Pero en ese regreso, los alumnos-fundadores no se mostraron como profesores sino como miembros de una de las identidades socio-políticas más extendidas y significativas de entonces y, sin duda, la más castigada durante el PRN: la de la “juventud”. La ratificación de esta identidad se operaría durante y después de la abrupta interrupción de la gestión nacional y universitaria en 1974.

En esta continuidad, accidentada y difícil de sostener, la historización de la carrera difería de la que podría esperarse en un medio universitario habitado por maestros y discípulos, esto es, una genealogía académica. Asistentes, panelistas y organizadores que se consideraban co-partícipes de la Antropología contestataria o “social”, se identificaron como miembros de una “generación”, término que se empleó profusamente en las mesas dedicadas al período 83-88 y en la de “Perspectivas”<sup>75</sup>. Pero este uso tenía una particularidad<sup>76</sup>: las generaciones de antropólogos no se ubicaban tanto en una secuencia, p.e., como cohortes o promociones<sup>77</sup>, sino en planos autónomos e inengendrados de igualdad. “Seguimos siendo alumnos de Antropología” aseguró quien sería director del Departamento de Ciencias Antropológicas de la UBA en 1992 (Wallace, CGAJA:40)<sup>78</sup>. Esto significaba “seguir siendo”, una persistencia en la juventud y, correlativamente, en la defensa apasionada de una utopía desde la oposición y la resistencia. Esta resistencia se llamaba “Antropología Social” y de ella no dejaban de visualizarse como militantes. Dicho posicionamiento entrañaba, además, una temporalidad fundacional donde el pasado se anulaba en virtud de la realización de un proyecto posible y nunca realizado.

Esta identidad profesional se afirmaba en razones extra-académicas. Las renunciadas masivas tras los concursos docentes del '66, la irrupción de jóvenes en puestos directivos en 1973, y la desaparición y destierro desde 1975 de jóvenes revolucionarios, quebraban la línea genealógica e interrumpían el rito de pasaje a la adultez en dos períodos cruciales: la *communitas* original de 1958, y la *communitas* transformadora de 1973.

“(Aquí estamos) Conmemorando, ejerciendo juntos la memoria, para que nunca más debamos atravesar el desierto, para que nunca más los más claros y los mejores, los más comprometidos con su pueblo, deban quedar en el camino, irse, callarse o seguir gritando la ausencia” (Arenas, CGAJA:85. Nuestro paréntesis).

Si la intervención de 1966 interrumpió la primera filiación cuando los jóvenes podían devenir



en adultos, los alumnos en ayudantes, y los ayudantes en profesores, la intervención de las universidades nacionales en 1975 ratificada en 1976 significó una ruptura más drástica: muchos de los que habían vuelto como jóvenes militantes a la conducción universitaria de 1973 jamás envejecerían, o no envejecerían en el país; así lo evidenciaban las reiteradas menciones a colegas y compañeros desaparecidos o exiliados en casi todos los paneles. El martirologio generacional de la “Guerra Sucia” concedía así legitimidad a la Antropología Social en el campo político-académico, donde había sido obligada a actuar y a resistir por el Estado y sus “secuaces” de la Facultad.

Sin embargo, cabe advertir que esa historización generacional no era compartida por todos los presentes —ni ausentes— ya que no todos “eran” o podían considerarse miembros de la generación y colaborar para su memoria. La Antropología Social entrañaba una identidad política de la cual quedaban excluidos, por definición, los profesores—muchos de ellos jóvenes— continuadores de Bórmida en la Facultad; quedaban excluidos también quienes habían sido docentes durante aquel período, pese a sus variados gestos de disenso con la conducción de la carrera; y quedaban excluidos, además, muchos alumnos que por entonces se sumaron a equipos o proyectos de investigación de los profesores regulares bajo el PRN. La Antropología Social entrañaba una identidad académica, si bien subordinada a la política, de la cual quedaban excluidos aquéllos que se habían dedicado a otras especialidades, como el Folklore, la Prehistoria y la Etnología (las tres orientaciones admitidas en los orígenes de la carrera y también durante el PRN). Si bien folklorólogos (Merlino, Martha Blache), etnólogos (Cordeu, Alejandra Siffredi) y prehistoriadores (Anette Aguerre, Austral, Rex González) participaron de las Jornadas y algunos de sus paneles, su condición se consideraba distinta; algunos de ellos incluso debieron aclarar reiteradamente sus posiciones en el campo académico y universitario durante y después del PRN. Por último, la Antropología Social entrañaba el status de “joven”, con lo cual era difícil compatibilizar la sólida formación académica con la liminalidad de un recién graduado o estudiante con menores responsabilidades académicas, aunque con gran compromiso y apasionamiento. Hermitte no había sido alumna de la carrera de Ciencias Antropológicas sino de Historia, y su regreso de los EE.UU. como doctora en Antropología Social la excluía del grupo de jóvenes antropólogos sociales *cum* militantes de la transformación. Blas Alberti, por su parte, podía participar de esta categoría porque había pertenecido a la primera promoción, y también por su activismo en la izquierda perseguida y proscripta. Pero estas condiciones no le permitían ingresar a la categoría de “profesor” o “maestro”.

La Antropología Social se definía, pues, como una disciplina principalmente política, abocada variablemente a la actividad académica, perseguida por los regímenes autoritarios, y defendida por jóvenes comprometidos con la transformación social, los antropólogos sociales. Estos rasgos, comunes a las juventudes y al campo universitario argentinos hasta fines del PRN, permearon más hondamente a la Antropología que, a diferencia de otras Ciencias Sociales, no logró construir un plantel de profesores y de escuelas distintivas. Si, como en otros órdenes, la Antropología intenta replicar, desde la Academia, la vida y las voces nativas, no es menos cierto que en la Argentina los antropólogos en general, y los antropólogos sociales en particular, consiguieron replicar los movimientos socio-políticos también en sus patrones de historización. Edificaron una memoria generacional fragmentada temporal y espacialmente, incluso al interior de la generación misma, forjada en múltiples y esperados regresos. Recurrentemente amenazada pero siempre apasionada y joven, la Antropología Social de Buenos Aires debió negar su genealogía para asegurar la legitimidad de su ilegítima filiación.



## NOTAS

- <sup>1</sup> La antropología surgió en el siglo XVIII junto a las primeras naciones-estado (Greenfield 1992), como una "ciencia de naciones y pueblos" (Vermeulen y Alvarez Roldán 1995:6).
- <sup>2</sup> Evans-Pritchard 1957; Kuper 1973; Stocking 1983.
- <sup>3</sup> Nuevas perspectivas pueden consultarse en los trabajos de George W. Stocking (Jr.) en los EE.UU. hasta los más recientes sobre la "polaquidad" de Malinowski (Ellen et.al. 1988; Thornton & Skalnik 1993), y los seminarios sobre el surgimiento plural de las antropologías europeas (Vermeulen & Alvarez Roldán 1995).
- <sup>4</sup> "Antropologías periféricas" es el término que emplea George Stocking para diferenciarlas de las antropologías metropolitanas.
- <sup>5</sup> Desde distintas perspectivas (Cardoso de Oliveira y Ruben 1995) pueden consultarse análisis de las tradiciones india y brasileña (Peirano 1991, 1995), franco-canadiense (Ruben 1995), venezolana (Vessuri 1995) y nordeuropea (Vermeulen y Alvarez Roldán 1995).
- <sup>6</sup> La primera escuela de antropología se creó en La Plata en 1906 como parte del Instituto del Museo, y no constituía una carrera de grado, la cual fue instaurada en la Universidad de La Plata en 1957.
- <sup>7</sup> Mientras las carreras de Antropología Social de Salta y Mar del Plata, y las orientaciones socio-antropológicas de Buenos Aires, La Plata y Rosario eran cerradas, la carrera de "Antropología Social" de la Universidad Nacional de Misiones logró sobrevivir al régimen militar de 1976-1983 y abrir en 1995 la primer maestría de la especialidad en la Argentina.
- <sup>8</sup> Bartolomé 1980.
- <sup>9</sup> Las investigaciones realizadas por profesionales autoadscriptos como "antropólogos sociales" fueron escasas y discontinuas, en buena parte debido a los avatares políticos que redundaban en la captura del aparato universitario estatal —el único donde tenía cabida la Antropología— y de los institutos de investigación, revistas especializadas y cátedras, por sectores intelectuales afines al poder político. Las dificultades para la publicación sumaron, a cuestiones institucionales, endémicos obstáculos económicos de modo que sólo unos pocos trabajos vieron la luz editorial al poco tiempo de su elaboración (p.e., Archetti & Stolen 1975; Hermitte & Bartolomé 1977). Ello puede haber contribuido a la afirmación de "¿.../ que es muy poco lo rescatable de las investigaciones antropológicas efectuadas hasta el presente" (Bartolomé 1980:212).
- <sup>10</sup> Sigal 1991; Terán 1991.
- <sup>11</sup> Colegio de Graduados en Ciencias Antropológicas, Jornadas de Antropología.
- <sup>12</sup> Durkheim 1968.
- <sup>13</sup> Connerton 1989.
- <sup>14</sup> Peel 1984:12.
- <sup>15</sup> Porter Benson, Brier & Rosenzweig 1986; Wright 1985.
- <sup>16</sup> Guber 1996.
- <sup>17</sup> Así aparecen Franz Boas en los EE.UU., Bronislaw Malinowski y Radcliffe-Brown en Gran Bretaña, Marcel Mauss en Francia (Evans-Pritchard 1957:37-122; 1987; Levi-Strauss 1977:xxi-xxviii; Kuper 1973; Stocking 1983).
- <sup>18</sup> Postergamos por ahora calificarla de científica o humanística, ya que esta oposición es constitutiva de su definición.
- <sup>19</sup> Bourdieu 1975, 1983, 1985.
- <sup>20</sup> Bourdieu 1975:91-117.



- <sup>21</sup> Visacovsky integró la comisión organizadora de las Jornadas (CGAJA:2,3) y Guber, que se encontraba en el exterior, fue mencionada por una panelista (CGAJA:87).
- <sup>22</sup> Otros abordajes han encarado a la antropología argentina desde la epistemología (Schuster et.al. 1988), y la historia (Fígoli 1990, 1995; Madrazo 1985; Bartolomé 1980; Herrán 1990; Arenas 1990).
- <sup>23</sup> /.../ texto omitido. ... puntos suspensivos en el original.
- <sup>24</sup> Las mesas redondas estuvieron precedidas por una ceremonia inaugural y concluidas por otra “de cierre”. Paralelamente se presentó una muestra fotográfica de la historia antropológica argentina a cargo de Leonardo Antoniadis.
- <sup>25</sup> Existen, por supuesto, otras versiones sobre el origen de la carrera de Buenos Aires. Para algunos discípulos de Marcelo Bórmida, la carrera es el “fruto de los profundos cambios ocurridos en la universidad argentina y en particular a raíz de de las modificaciones políticas” y fue organizada a partir de las antiguas cátedras de Etnología y Prehistoria (Califano, Pérez Diez y Balzano, en CAEA 1985:22). Otros consideran que la carrera fue creada por la iniciativa de Oswald F.A. Menghin, José Imbelloni y Fernando Márquez Miranda (Fernandez Distel, en CAEA 1985:91). En ninguna de estas dos versiones los estudiantes desempeñan un papel activo en la creación. Para Blas Alberti, el primero en graduarse como Licenciado de la nueva carrera, la creación correspondió al profesor Bórmida y a cierto apoyo que algunos alumnos cursantes de su asignatura dieron a la iniciativa (Comunicación personal). Para Ciro René Lafón (1966), miembro del inicial plantel docente, la carrera se creó por influencias externas centradas en el filósofo Mario Bunge, el “Padre”. Para el sociólogo Norberto Rodríguez Bustamante, quien inauguró las Jornadas como decano de la Facultad de Filosofía y Letras en 1988, la paternidad de la carrera correspondía al director de la flamante carrera de Sociología, Gino Germani (CGAJA 1989).
- <sup>26</sup> El plantel docente estaba integrado por los arqueólogos Fernando Márquez Miranda (también historiador, primer director, fallecido en 1961), Ciro René Lafón y Oswald Menghin, el etnólogo Enrique Palavecino, Armando Vivante, el folclorólogo Augusto Raúl Cortazar (egresado de la carrera de Letras) y el mencionado Marcelo Bórmida.
- <sup>27</sup> CGAJA:10.
- <sup>28</sup> En la resolución del Consejo Directivo de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA del 1 de setiembre de 1958 que aprueba la creación de la carrera de Ciencias Antropológicas, se consideraba entre otros factores justificatorios la existencia en el país de una honrosa tradición en etnología, arqueología y prehistoria.
- <sup>29</sup> Ver también Austral, CGAJA:17, y Merlino, CGAJA:20.
- <sup>30</sup> Se refiere a Marcelo Bórmida y su segunda esposa, arqueóloga del área patagónica, Amalia Sanguinetti.
- <sup>31</sup> Fundado en 1904 por uno de los pioneros de la antropología argentina, Juan Bautista Ambrosetti, fue la primera institución universitaria argentina creada con la finalidad de desarrollar científicamente el estudio del hombre (que comprendía antropología morfológica, arqueología y etnografía). Hasta allí, los estudios antropológicos eran desarrollados en los museos de ciencias naturales.
- <sup>32</sup> Resolución del Consejo Directivo de la Facultad de Filosofía y Letras del 1 de setiembre de 1958.
- <sup>33</sup> Un futuro arqueólogo, Austral, y un futuro folclorólogo, Merlino, nombraron a futuros antropólogos sociales, Jorge Bracco, Santiago Bilbao y Eduardo Menéndez, como miembros del mismo grupo de actividades estudiantiles y de trabajo de campo (CGAJA:19, 20).
- <sup>34</sup> También Ana María Lorandi, etnohistoriadora recibida en Historia en Rosario, que en 1988 dirigía el Instituto de Ciencias Antropológicas de la UBA, agregó que “Y eso de vivir (por eso yo no diría trabajar en un Instituto de Investigación o en un Museo) sino de vivir en el Museo —porque uno vivía adentro— da realmente un perfil profesional, una experiencia de vida que es lo que he intentado rehacer ahora desde el Instituto ...” (CGAJA:22).
- <sup>35</sup> Esta distinción vale, precisamente, porque en la época campeaba el modelo de modernización de la DESAL, en el flamante Departamento de Sociología de la UBA encabezado por Gino Germani.



- <sup>36</sup> La autonomía universitaria y el gobierno tripartito por claustro fueron instituidos con la Reforma Universitaria de 1918.
- <sup>37</sup> También de Augusto R. Cortazar se dijo que con “su bonhomía y su orientación también más de corte funcionalista, el alentarnos con subsidios y becas para hacer nuestras primeras experiencias como antropólogos de campo” (CGAJA:11).
- <sup>38</sup> Sus antecesores Ratzel y Frobenius y sus primeros integrantes Graebner, Ackerman, el padre Schmidt, Gusinde, Heine-Geldern, Koppers, Schebesta y el mismo Menghin, sostenían que los bienes culturales se habían difundido desde un centro geográfico original y no de acuerdo a estadios secuenciales, paralelos y comunes a toda la humanidad.
- <sup>39</sup> El filósofo italiano antifascista Benedetto Croce (1866-1952) suscribió a un “idealismo historicista” con raíces en G.F.Hegel y G.Vico. Tanto Antonio Gramsci como el etnólogo Ernesto De Martino recibieron su influencia en etapas tempranas de su formación (Saunders 1984, 1993).
- <sup>40</sup> De Martino, Cirese y Lombardi Satriani. En los tempranos ‘60s este aporte era novedoso también en el campo político. Un sociólogo cordobés militante de una fracción minoritaria y no-stalinista del Partido Comunista Argentino, Francisco Aricó, traducía por primera vez al castellano los *Cuadernos de Pasado y Presente* (Terán 1991:172).
- <sup>41</sup> Austral, p.e., recordó haber intentado “formar un grupo estudiantil que tuviera intervención en la política interna de la facultad”; señaló que con los futuros antropólogos sociales Jorge Bracco y Santiago Bilbao, discutía las “falencias” de la carrera (CGAJA:19).
- <sup>42</sup> El Ejército Guerrillero del Pueblo, comandado por Jorge R. Masetti, operó en la provincia de Salta, unos años más tarde del primer grupo foquista conocido como “Los Uturuncos” de Tucumán (Gillespie 1987).
- <sup>43</sup> O.F.A.Menghin nació en Merano en 1888, cuando su pueblo aún integraba el Imperio Austro-Húngaro. Tras la Primera Guerra Mundial, y con el desmembramiento del Imperio, Austria perdió el Friuli, al noreste de la península itálica, que pasó a integrar Italia. Merano permaneció del lado sur, a pocos kilómetros de la ciudad todavía austríaca de Innsbruck.
- <sup>44</sup> Lisón Tolosana (1966) identificaba en León un patrón generacional en los descendientes de pueblerinos que habían participado en la Guerra Civil (Lisón Tolosana 1966; Davis 1989). En el campo estrictamente disciplinar, no siempre la aparición de generaciones conlleva el divorcio de un modelo genealógico, como puede verse en buena parte de las historias nacionales de antropología, p.e., la brasileña, fuertemente afincada en ancestros-maestros y descendientes-discípulos. Ver infra.
- <sup>45</sup> “Noche de los cuchillos largos” fue la matanza y purga del partido Nazi que inauguró la Alemania Hitleriana en 1933.
- <sup>46</sup> Gillespie 1987:91.
- <sup>47</sup> “.../ las renunciadas masivas que nos son aceptadas con fecha 30 de setiembre de 1966” (Lischetti, CGAJA:12).
- <sup>48</sup> Neufeld, CGAJA:34.
- <sup>49</sup> Por ejemplo, prestando asistencia a chaqueños y formoseños residentes en las áreas inundadas a principios de 1966, iniciativa que fue vedada por las FF.AA. encargadas del operativo (Neufeld, CGAJA:33-4).
- <sup>50</sup> La carrera de Sociología, el espacio más dinámico de las nuevas carreras de la Facultad tras la caída del peronismo, se constituía en el vehículo del proyecto de *modernización*. Su propósito era conocer “científicamente” la realidad social argentina para contribuir al desarrollo económico e integrarse al mundo científico-tecnológico contemporáneo. En dicho proyecto tenía un papel relevante la “desperonización de las masas populares” y la génesis de un proletariado “moderno y democrático”, no expuesto a la “manipulación demagógica” de los “dictadores” (Terán 1991; Sigal 1991; Neiburg 1993, 1995).
- <sup>51</sup> La “cuarta rama” fue la expresión utilizada, algunos años más tarde, por los grupos de jóvenes del Movimiento Peronista, que abogaban por su inclusión junto a la Rama Femenina, Sindical y Política instauradas por Juan D. Perón para organizar su movimiento. Llamativamente, la Antropología Social era



la utopía de jóvenes revolucionarios, muchos de los cuales integraron la Juventud Peronista de los '70s. Aunque es parte y cometido del presente trabajo, esta correlación entre juventud académica y juventud política merece mayor investigación. Por su parte, Ratier se refiere a "rama" como una bifurcación de la Juventud Peronista en la JP Lealtad (CGAJA:49) que se distanció de la JP rebelde tras el acto del 1 de mayo de 1974, cuando Perón calificó a la JP revolucionaria y montonera reunida en Plaza de Mayo como "estúpidos imberbes". La expresión de "imberbes" había sido mencionada por Wallace para destacar el carácter rebelde pero ingenuo de los estudiantes de antropología del '65.

- <sup>52</sup> Wallace alude aquí a movimientos que adquirieron el carácter de rebeliones populares en distintas provincias y ciudades argentinas que desembocaron en violentas protestas urbanas contra el régimen del General Onganía en 1969 en la ciudad de Córdoba (Cordobazo) e iniciaron el fin de la Revolución Argentina. Santiago Pampillón era un estudiante de la Universidad Nacional de Córdoba, militante del Partido Comunista, que fue herido mortalmente por la Policía, en una manifestación de protesta dos meses después de la Noche de los Bastones Largos. Bello era un estudiante de la Universidad del Nordeste que fue muerto en una refriega policial por el cierre del comedor estudiantil en la ciudad de Corrientes, en 1969.
- <sup>53</sup> Rex González recordó que el Congreso de Americanistas estaba en preparativos cuando el golpe de estado del 28 de junio y la reunión debería realizarse bajo el nuevo régimen. Los Congresos de Americanistas eran, por entonces, el evento académico más destacado de la disciplina internacional. A sus reuniones asistían unos 400 delegados nacionales, todos ellos investigadores consagrados. La elección de la Argentina como sede para el '66 atendía a la conmemoración del sesquicentenario de la declaración de la independencia argentina, en 1816. Pero esta vez los organizadores habían decidido sumar a los 700 delegados, estudiantes e investigadores jóvenes (CGAJA:32-33). A punto de inaugurarse el encuentro, un grupo de estudiantes y jóvenes antropólogos exigió su cancelación en protesta por la muerte de Pampillón (ver nota 52). Rex González se negó argumentando que los participantes estaban en camino y que con el Congreso en funcionamiento la condena a la dictadura tendría mayor resonancia internacional ("el congreso podía hacer mucho más desde el punto de vista general dando una proclama, haciendo una declaración de tipo general (como se hizo) que cerrando el congreso" (CGAJA:32; paréntesis original). Por último, los organizadores habían dado muestra de su anti-oficialismo cuando, para evitar la presencia de las autoridades nacionales, trasladaron la sede del Congreso de la Capital Federal a una ciudad de la provincia de Buenos Aires (CGAJA:28-32).
- <sup>54</sup> Ratier aludía aquí a un artículo escrito por Leopoldo J. Bartolomé (1980) sobre la antropología argentina.
- <sup>55</sup> Orquera, CGAJA:46.
- <sup>56</sup> Palermo, CGAJA:55.
- <sup>57</sup> CGAJA:57.
- <sup>58</sup> CGAJA:68.
- <sup>59</sup> La universidad, que durante el gobierno peronista entre 1946 y 1955 había sido hegemonizada por grupos nacionalistas católicos y excluido a los profesores pertenecientes al arco "liberal-izquierda" fue, como otras instituciones, profundamente reformada por el gobierno instaurado con el golpe militar de 1955. Estas reformas abarcaron la expulsión de los docentes comprometidos con el peronismo, la reincorporación de los excluidos en la etapa anterior y el concurso de todos los cargos nuevos a través de verdaderas "pruebas de fe" consistentes en demostraciones públicas de no compromiso con el régimen peronista (Neiburg 1993).
- <sup>60</sup> Así se refería a Perón la prensa antiperonista posterior a 1955.
- <sup>61</sup> Neiburg 1993.
- <sup>62</sup> Algo similar señaló Ratier cuando recordó la presencia de aborígenes en la Facultad y en la carrera de Ciencias Antropológicas (CGAJA:50).
- <sup>63</sup> Orquera, CGAJA:81.
- <sup>64</sup> Mario Califano y Jean Vellard eran profesores de materias etnológicas y Amalia Sanguinetti de Prehistoria. Vellard era, en el período, director del Museo Etnográfico.



- <sup>65</sup> Mario Califano, Juan Tomasini y Miguel Angel de los Ríos eran investigadores del Centro Argentino de Etnología Americana (CAEA), instituto dependiente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (CONICET), que había creado Bórmida. El CAEA disponía de una revista titulada *Scripta Ethnologica*.
- <sup>66</sup> A diferencia de las carreras de Mar del Plata y Salta que habían sido cerradas en 1975.
- <sup>67</sup> Orquera, CGAJA:81.
- <sup>68</sup> Alberti, graduado de la primer carrera de Ciencias Antropológicas, se dedicó a la elaboración teórica y a explorar las articulaciones entre la antropología estructural y el psicoanálisis. Desde 1984 se reincorporó a la UBA, a las carreras de Ciencias Antropológicas y de Psicología, hasta su muerte en mayo de 1997. Hermitte, graduada de la carrera de Historia de la UBA, trabajó una temporada en el Museo Etnográfico y cursó sus postgrados en los EE.UU. Se doctoró en la Universidad de Chicago, regresó a mediados de los '60s a la Argentina, dictó clases apenas un par de años en la Universidad hasta el golpe de estado, y se cobijó en el Instituto Di Tella, un centro privado de formación e investigación en Ciencias Sociales y Artes, que floreció después de mediados de 1966. Entre 1975 y 1983, Hermitte dirigía el Centro de Antropología Social del IDES, en Buenos Aires, para reincorporarse a la UBA hasta su fallecimiento en 1990. El perfil de ambos era bastante diferente ya que, a las actividades académicas, Alberti añadía una larga trayectoria política en la llamada "Izquierda Nacional", primero en el Partido de la Izquierda Nacional, luego en el Frente de Izquierda Popular, y finalmente en el Movimiento Patriótico de Liberación, cuyo máximo dirigente era el historiador revisionista Jorge Abelardo Ramos. Alberti abandonó el MPL cuando éste aceptó la política oficial del Partido Justicialista de indultar a los comandantes en jefe de las tres juntas militares del PRN. Entre tanto, Hermitte desarrolló siempre actividades académicas, muchas de las cuales tuvieron lugar en el ámbito académico internacional.
- <sup>69</sup> Según muestran algunos estudios recientes, la memoria del PRN condicionó la reconstitución de identidades adscriptas al 'progresismo' en el contexto democrático posterior a 1983 (Visacovsky 1998).
- <sup>70</sup> La traducción de documentos probatorios a los que había aludido Neufeld, había comenzado unos años atrás y dado lugar en 1965 a una presentación del claustro de estudiantes encabezados por el delegado Daniel Hopen, estudiante luego desaparecido durante el PRN, solicitando el juicio académico del prehistoriador. Bórmida tomó la representación del acusado ante los alumnos. En su alegato defensor se refirió a Menghin como miembro de un brevísimo gobierno católico, restando las connotaciones Nazis de su ideología, y su participación en la entrega de Austria al Führer. Sin embargo, el breve gobierno de Seis Enquart constituyó la necesaria transición a la ocupación. En dicha transición Menghin desempeñó un papel destacado, después de lo cual permaneció como investigador del Instituto de Arqueología bajo la ocupación alemana.
- <sup>71</sup> CGAJA:82. En su breve historia de la antropología argentina, un arqueólogo-historiador que estuvo ausente de las Jornadas, y que por entonces dirigía una dependencia de la UBA en la provincia de Jujuy, el Museo Arqueológico de Tilcara, había señalado que "En antropología Marcelo Bórmida se constituyó (con el golpe del '66) en representante conspicuo del nuevo régimen y su actuación netamente política y discriminatoria estuvo dirigida a consolidar su núcleo de derecha y a ocupar las cátedras y puestos de investigación de los renunciantes con sus allegados. Sin embargo, el plan de estudios de la licenciatura permaneció sin modificaciones hasta 1976" (Madrazo 1985:40).
- <sup>72</sup> No debiera olvidarse que probablemente en sus figuras esté representado el Eje Roma-Berlín de la Segunda Guerra Mundial. Se trata de tres antropólogos no nacidos en la Argentina, sino en Italia (Imbelloni y Bórmida) y, de acuerdo a la memoria de los antropólogos sociales, en Austria (Menghin).
- <sup>73</sup> Entre tanto, otros colegas que habían dado clases durante el PRN, debían salir a justificar su actuación como diferenciada del tono dominante de la conducción de la carrera (Cordeu, CGAJA:99; Aguerre, CGAJA:115).
- <sup>74</sup> Guillermo Ruben (1995) muestra cómo los antropólogos del Quebec no pueden reconocer una paternidad en sus primeros profesores, Dubreuil y Tremblay, debido a la interferencia del movimiento etno-separatista Quebecois. ¿Cómo aceptar que dos anglo-parlantes se transformen en cabezas de linaje de una "nación" francófona?
- <sup>75</sup> Scotto, CGAJA:90; Tiscornia, CGAJA:97, 98; Cordeu, CGAJA:99.



<sup>76</sup> Este uso de la generación es bastante diferente al de sociedades con organización por grupos de edad donde la generación mantiene una relación cierta y manifiesta con la predecesora a la que deberá sustituir (Baxter y Almagor 1978).

<sup>77</sup> Como ocurre en el Brasil (ver Peirano 1992; Correa 1993, 1997).

<sup>78</sup> Santiago Wallace, antropólogo graduado en la Universidad de La Plata, fue director del Departamento de Ciencias Antropológicas de la UBA entre 1992 y 1995.

## BIBLIOGRAFÍA

Archetti, Eduardo P. & Kristi Anne Stolen

1975. *Explotación familiar y Acumulación de Capital en el Campo Argentino*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores.

Arenas, Patricia

1990. La antropología argentina a fines del siglo XIX y principios del XX. En *Runa* XIX:147-160.

Bartolomé, Leopoldo J.

1980. "La Antropología en Argentina: Problemas y Perspectivas". En *América Indígena* XL(2):207-215.

Baxter, P.T.W. & U. Almagor

1978. "Observations about Generations". En *Sex and Age as Principles of Social Differentiation*. J.S. La Fontaine (ed.) pp.159-181. London Academic Press:.

Bórmida, Marcelo

1969. "Mito y cultura. Bases para una ciencia de la conciencia mítica y una etnología tauteológica". *Runa* XII:9-52.

Bórmida, Marcelo

1976. *Etnología y fenomenología. Ideas acerca de una hermenéutica del extrañamiento*. Buenos Aires, Editorial Cervantes.

Bourdieu, Pierre

1975. "La especificite du champ scientifique et les conditions sociales du progres de la raison". *Sociologie et Societes* VII(1):91-117.

Bourdieu, Pierre

1983. *Campo del poder y campo intelectual*. Buenos Aires, Folios ediciones.

Bourdieu, Pierre

1985. "Espacio social y genesis de las "clases"" *Espacios de critica y produccion*. 2:24-35.

CAEA - Centro Argentino de Etnología Americana (relator)

1985. "Evolución de las ciencias en la República Argentina. 1872-1972. Antropología". En *Evolución de las ciencias en la República Argentina. 1872-1972*, X.

Cardoso de Oliveira, Roberto & Guilherme Raul Ruben

1995. *Estilos de Antropologia*. Campinas, UNICAMP.

Casabona, Victoria & Rosana Guber

1984. "Marginalidad e integración: una falsa disyuntiva". En: *Relocalizados: Antropología Social de las Poblaciones Desplazadas* Leopoldo Bartolomé (ed.) Buenos Aires, Ediciones IDES.

CGAJA - Colegio de Graduados en Ciencias Antropológicas

1989. *Jornadas de Antropología: 30 años de la carrera en Buenos Aires (1958-1988)*. Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras.



- Connerton, Paul  
1989. *How societies remember*. Cambridge University Press.
- Correa, Mariza & Roque Laraia (orgs.)  
1992. *Roberto Cardoso de Oliveira. Homenagem*. IPCH/UNICAMP.
- Corrêa, Mariza  
1993. Breve esbozo de la antropología brasileña reciente (1960-1980). En *Alteridades* 3(6):13-16.  
1997. O espartilho de minha avó: linhagens femininas na Antropologia. En *Horizontes Antropológicos* 3(7):70-96.
- Davis, John  
1989. "The Social Relations of the Production of History". En *History and Ethnicity* Tonkin, Elizabeth, Maryon McDonald & Malcolm Chapman (eds.). London, Routledge.
- Durkheim, Emile  
1968. *Las formas elementales de la vida religiosa*. Buenos Aires, Shapire editor.
- Ellen, Roy; Ernest Gellner; Grazyna Kubica & Janusz Mucha (eds.)  
1988. *Malinowski between two worlds*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Evans-Pritchard, Edward Evan  
1957. *Antropología social*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- Evans-Pritchard, Edward Evan  
1987. *Historia del pensamiento antropológico*. Madrid, Cátedra.
- Figoli, Leonardo  
1990. A ciencia sob olhar etnográfico. Estudo da Antropología Argentina. Tesis de doctorado. Universidad de Brasilia.  
1995. A Antropología no Argentina e a construção da nação. En *Estilos de Antropología*. Cardoso de Oliveira y Rubén (org.) pp.31-63.
- Gillespie, Richard  
1987. *Soldados de Perón*. Buenos Aires, Editorial Girjalbo.
- Greenfeld, Liah  
1992. *Nationalism. Five Roads to Modernity*. Cambridge, Harvard University Press.
- Guber, Rosana  
1994. "Hacia una antropología de la Producción de la Historia". *Entrepasados* IV(6):23-32.  
1996. "Las manos de la memoria". *Desarrollo Económico* 36(141):423-442.
- Hermitte, Esther & Leopoldo J. Bartolomé (eds.)  
1977. *Procesos de articulación social*. Buenos Aires, Amorrortu editor.
- Herrán, Carlos  
1990. "Antropología Social en la Argentina: Apuntes y Perspectivas". *Cuadernos de Antropología Social*. 2(2):108-115.
- Horowitz, Irving Louis (ed.)  
1967. *The Rise and Fall of Project Camelot*. Cambridge, Mass, The MIT Press.
- Kuper, Adam  
1973. *Antropología y antropólogos. La escuela británica: 1922-1972*. Barcelona, Anagrama.
- Levi-Strauss, Claude  
1977. *Antropología Estructural*. Buenos Aires, Eudeba.
- Lisón Tolosana, Carmelo  
1966. *Belmonte de los Caballeros. A sociological study of a Spanish town*. Oxford, Clarendon Press.



- Madrazo, Guillermo B.  
1985. "Determinantes y orientaciones en la Antropología Argentina". *Boletín del Instituto Interdisciplinario Tilcara* 1:13-56.
- Neiburg, Federico G.  
1993. *La invención del peronismo y la constitución de la sociología en la Argentina*. Tesis de Doctorado, Río de Janeiro (ed. mimeo).
- Neiburg, Federico G.  
1995. "Ciencias Sociales y mitologías nacionales. La constitución de la sociología en Argentina y la invención del peronismo". *Desarrollo Económico*, 34(136):533-556.
- Peel, J.D.Y.  
1984. "Making History: The Past in the Ijesha Present". *Man* 19(1):111-132.
- Peirano, Mariza  
1991. *Uma Antropología no Plural: Tres Experiencias Contemporaneas*. Brasilia, Editora Universidade de Brasilia.
- Peirano, Mariza  
1992. "Os antropólogos e suas linhagens". En *Roberto Cardoso de Oliveira. Homenagem*. Correa & Laraia (Orgs.), pp. 31-47. IPCH/UNICAMP.
- Peirano, Mariza  
1995. "Desterrados e exilados: Antropologia no Brasil e na India". En *Estilos de antropologia*. Cardoso de Oliveira Roberto & Guilherme Raúl Ruben (org.) Campinas, Unicamp. pp.13-30.
- Porter Benson, Susan; Stephen Brier; Roy Rosenzweig (eds.)  
1986. *Presenting the Past. Essays on History and the Public*. Philadelphia, Temple University Press.
- Ruben, Guillermo Raúl  
1995. "O 'tio materno' e a antropologia quebequense". En *Estilos de antropologia*. Cardoso de Oliveira Roberto & Guilherme Raúl Ruben (org.) pp.121-138. Campinas, Unicamp.
- Saunders, George R.  
1984. "Contemporary Italian Cultural Anthropology". *Annual Reviews of Anthropology* 13:447-66.
- Saunders, George R.  
1993. "'Critical Ethnocentrism' and the Ethnology of Ernesto De Martino". *American Anthropologist* 95(4):875-893.
- Schuster et.al.  
1988. *Comunidades científicas: estudio del caso de los antropólogos profesionales argentinos*. Informe UBACyT. Buenos Aires, ed mimeo.
- Sigal, Silvia  
1991. *Intelectuales y poder en la década del sesenta*. Buenos Aires, Puntosur.
- Stocking, George W. Jr.  
1983. "The Ethnographer's Magic: Fieldwork in British Anthropology From Tylor to Malinowski". En *Observers Observed. Essays on Ethnographic Fieldwork*. Stocking (ed.) pp. 70-120. Madison, The University of Wisconsin Press.
- Terán, Oscar  
1991. *Nuestros años sesenta*. Buenos Aires, Puntosur.
- Thornton, Robert J. & Peter Skalnik (eds.)  
1993. *The Early Writings of Bronislaw Malinowski*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Tiscornia, Sofía & Juan Carlos Gorlier  
1984. "Hermenéutica y fenomenología. Exposición crítica del método de Marcelo Bórmida". *Emia* 31:20-38.



Turner, Victor W.

1989. *The Ritual Process. Structure and Anti-Structure*. Ithaca, New York, Cornell University Press.

Turner, Victor

1990 [1974]. *Dramas, Fields and Metaphors. Symbolic Action in Human Society*. Ithaca & London, Cornell University Press.

Turner, Victor

1992a [1982]. *From Ritual to Theatre. The Human Seriousness of Play*. New York, PAJ Publications.

Turner, Victor W.

1992b. *The Anthropology of Performance*. New York, PAJ Publications.

Vermeulen, Han F. & Arturo Alvarez Roldán (eds.)

1995. *Fieldwork and Footnotes. Studies in the History of European Anthropology*. London, Routledge.

Vessuri, Hebe M.C.

1992. "Las ciencias sociales en la Argentina: diagnóstico y perspectivas". En *La política de investigación científica y tecnológica argentina. Historia y Perspectivas*. Oteiza, Enrique (dir.) Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

Visacovsky, Sergio E., Guber, Rosana y Estela Gurevich

1997. Tradición y modernidad en el origen de la carrera de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Buenos Aires. En *Redes. Revista de Estudios Sociales de la Ciencia*, vol. IV, N°10, octubre, pp.213-257. Centro de Estudios e Investigaciones, Universidad Nacional de Quilmes.

Visacovsky, Sergio E.

1998. Genealogías rompidas. Memória, política e filiação na psicanálise argentina. En *Mosaico. Revista de Ciências Sociais*. Centro de Estudos Gerais. Universidad Federal do Espírito Santo, pp.197-225.

Wright, Patrick

1985. *On living in a old country*. London, Verso.